

LIBRO V

Ensayo psicológico sobre el carácter mental que en los estudios jurídicos y sociales han desplegado algunos pueblos modernos.

CAPÍTULO PRIMERO

GÉNESIS PSICOLÓGICA DE LAS MODERNAS NACIONALIDADES

325. De los Estados y naciones y de su vida de relación.—326. Necesidad que tienen los pueblos y naciones de estudiar su carácter y temperamento propio.—327. Cuadro sintético de las formas por que fué pasando la organización social en Oriente y en el período greco-romano.—328. Mayor complejidad de la organización social en la Edad Moderna.—329. Indicación de algunas leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad.—330. Breve análisis de las varias formas de sociedad y de los coeficientes distintos que entran á constituir el sentimiento de nacionalidad.—331. Diversas gradaciones del sentimiento nacional y su desarrollo lento y gradual en la conciencia de un pueblo.—332. Función que está llamado á desempeñar el sentimiento de la nacionalidad en la organización de la sociedad moderna.

325. Cada una de aquellas grandes personalidades colectivas y sociales, que se llaman *Estados y naciones*, si considerada en sí misma es un verdadero y propio organismo, que refleja con mayor ó menor eficacia todos los aspectos de la vida civil y humana, considerada además en sus relaciones con otros *Estados* constituye

una gran *individualidad*, que entra con otras á formar parte de un sistema y de un organismo más vasto. La *nación*, por lo tanto, no tiene sólo una *vida interior*, sino también una vida de *relación* con los otros pueblos, en la cual, por consiguiente, viene á mostrarse aquel eterno dualismo entre el *principio individual* (*nacionalidad*) y el *principio social* (*solidaridad del género humano*), que se manifiesta en todas las gradaciones de la sociedad humana, desde la *familia* hasta la *Humanidad*.

Si la *nación* se cierra con exceso en su propia *individualidad*, su carácter gana quizá en concentración y eficacia, pero pierde en extensión y amplitud; por lo que una vez que haya desarrollado con mayor ó menor rapidez la virtualidad que en ella se encuentra, va poco á poco deteniéndose en su camino, como lo demuestra la historia de aquellos Estados que pretendieron aislarse del comercio de los demás.

Si, por el contrario, la *nación* se abandona excesivamente á la vida de *relación* con los demás pueblos, ella no puede tener en sí energía bastante para asimilar los elementos diversos que de unos y otros va recogiendo; por lo cual, si no logra imprimir á los mismos su propia individualidad, acabará por reducirse tal vez á reflejar más ó menos eficazmente la vida intelectual, ora de éste, ora de aquél que ejerza una mayor influencia en un determinado momento.

Por este motivo todas las *naciones*, mientras dura el trabajo de su constitución, se recogen en sí mismas, despliegan toda su energía en la obra de su unificación y semejan en cierto modo á un luchador que antes de comenzar la pelea recoge todas sus fuerzas; mas apenas llegan á afianzar de algún modo su propia unificación, aflojan, por decirlo así, sus músculos contraídos por el esfuerzo, tratan de templarse en la comunicación con los demás pueblos, y dejan que fluya vida más copiosa en los centros menores que entran á constituirlos.

326. Está bien, pues, que una *nación* viva cuanto pueda de la vida del género humano, mas debe entre tanto considerar si tiene tanta eficacia que baste para asimilarse la variedad de los elementos aprehendidos en el comercio con los otros pueblos: de otro modo le podría ocurrir que mientras ella cree concretar en sí misma el *espíritu universal* del mundo, extravíe, por el contrario,

aquel carácter particular que le atribuye una misión propia en la vida de la Humanidad. Ningún *Estado* ó *nación* podrá pretender convertirse en el género humano; pero debe, como suele decirse, integrar la *Humanidad* bajo aquel aspecto particular que conviene á sus aptitudes psicológicas especiales, que del inferir del genio originario de la raza, del temperamento, del clima, de las tradiciones del pasado y de las aspiraciones del presente, del carácter mismo de la lengua, de la literatura, de la ciencia, de la filosofía, de la legislación y del arte, del carácter, en suma, de todas aquellas múltiples manifestaciones en que puede revelarse la íntima virtualidad que suele llamarse el *espíritu de una nación*.

Por donde se ve que también los pueblos deben estudiar su propio temperamento ó, como se diría en Alemania, la propia *psique*, porque del mismo modo que el individuo debe escrutar lo que se llama *vocación* propia, y el agricultor la composición del suelo en el cual debe arrojar las semillas (1). La *nación*, al par de los individuos, debe probarse y experimentarse en todos los as-

(1) Los estudios de *psicología civil* ó *de los pueblos* se puede decir que han comenzado con Platón, el cual puso el quicio sobre el cual giran al modelar su República sobre las mismas facultades del alma humana. A Vico puede considerársele en esta parte como un continuador de Platón, al establecer que los *principios del mundo de las naciones gentiles se deben investigar en la misma naturaleza de nuestra mente humana y en la fuerza de nuestro entendimiento*, de modo que la *historia constante de la Humanidad* deberá buscarse en las *modificaciones de nuestro pensamiento humano* (1.^a *scienza nuova*, cap. XI). Después de él, la tendencia á buscar una explicación psicológica de las cosas civiles y humanas no se ha perdido en nuestro país. Se encuentran otra vez las huellas en Cataldo JANNELLI, *Sulla natura e necessità della scienza delle cose e delle storie umane*, 2.^a ed., Milán, 1832; en ROMAGNOSI, *Scritti intorno alla vita degli Stati*, Obras, ed. Degiorvi, volumen III, pág. 955, del § 955 al § 1.311; en Carlos CATTANEO, *Psicologia delle menti associate* (Actas del Real Instituto Lombardo, vol. III, 1872), y en otros muchos que sería largo enumerar. Esta *tendencia psicológica* en los estudios sociales tomó después amplio desarrollo en Alemania especialmente, lo cual debe atribuirse, á nuestro juicio, á la influencia de la psicología de HERBART. También Herbart vió, lo mismo que Vico, la base de la ciencia histórica en el análisis del espíritu individual, y reconoció que la Historia sólo puede tener una base sólida cuando comprenda una teoría del carácter

pectos, y reclamar á su genio, como al propio suelo, la mayor variedad y riqueza de productos; pero una vez que haya logrado adquirir conciencia de sí misma no puede ser condenada si, tratando de desenvolver su genio en la mayor variedad posible, intenta hacerse grande, sobre todo en aquel aspecto de la vida civil y humana en el cual puede esperar aportar algo de propio y de característico á la obra común.

Este *carácter, espíritu ó temperamento* de los pueblos, se manifiesta con lineamientos francos y precisos en la división de las grandes estirpes, como lo demuestra el hecho de que las estirpes semíticas ejercieron con preferencia una misión religiosa, mientras las estirpes arias fueron las que contribuyeron más poderosamente á desenvolver las instituciones políticas y sociales. Pero cuando se descende de estas alturas, donde la mirada parece extenderse casi hasta el infinito, á los caracteres particulares de esta ó de aquella nación moderna, que ha sido el fruto de tantos cruces y mezclas de estirpes, de tradiciones y vicisitudes, sus mani-

humano, tal como en las diversas tribus y naciones se manifiesta. Siguiéron esta dirección LAZARUS y STEINTHAL, que juntos publican desde 1860 en Berlín una *Revista de etnología y de Lingüística (Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft)*, y hasta un cierto punto el mismo LOTZE en su espléndida obra *Microcosmos*; BLUNTSCHLI en el *Derecho público universal* y en la *Política como ciencia*; TRENDELEMBURG en el *Derecho natural fundado sobre la ética*, y SCHAEFFLE, en sus obras *Sistema social de la economía humana y Estructura y vida del cuerpo social*, traducidas recientemente por el abogado Eusebio en la *Biblioteca del Economista*, III serie, volúmenes V y VII. (Véase para mayores detalles á FLINT, *La philosophie de l'histoire en Allemagne*, cap. XIII, pág. 383, trad. Carrau, París, 1878). Por lo demás, esta *tendencia*, que podría llamarse *psicológica*, parece restituir una característica de los estudios históricos y sociales de nuestra época; es seguida también en Inglaterra por Buckle, Draper, Lecky, en las obras que en otra ocasión he citado, y parece penetrar en toda clase de estudios históricos y sociales propiamente dichos, comenzando por los estudios comparados sobre las religiones hasta los económicos y jurídicos. Otro aspecto de estos *estudios psicológicos* consiste en comparar los fenómenos psicológicos del mundo animal con los del mundo humano, comparación en que se inspira el interesante trabajo de ESPINAS, *Les sociétés animales*, 2.^a ed., París, 1878. V. GABBA, *Conferenze di scienza sociale*, pág. 25.

festaciones vienen á ser ya tan múltiples y diversas, que mal se podría apreciar el espíritu que á todas anima si no se siguiese, al menos á grandes rasgos, aquel proceso admirable, mostrado por la historia de las cosas sociales y humanas, mediante el cual, *mientras por una parte crecen en número las diferencias entre las gentes y las naciones, en cuanto á sus aptitudes psicológicas particulares, por otra se hace cada vez más orgánica y coherente la cooperación de todas en el progreso común.*

327. En el Oriente, la *Humanidad* se encontraba casi exclusivamente organizada bajo la *forma patriarcal*; mas en ésta se contenían los gérmenes de los varios aspectos bajo los cuales había luego de desenvolverse la vida social. Como el jefe de este grupo primitivo es *padre, rey y sacerdote* al mismo tiempo, así el grupo mismo, mientras tiene sobre todo los caracteres de la *familia* en la cual se desenvolvieron los primeros indicios de la *vida económica* (*οἶκος, vicus*) (1), ya contiene, no obstante, un principio del *Estado* en el cual deberá desenvolverse la vida *jurídica y política*, y, en cierto aspecto, es una *Iglesia*, porque en él se presentan los albores de la *vida religiosa y moral* del género humano. Esto no quita, sin embargo, que entre estos varios aspectos de la vida social prepondere uno sobre todos los demás de modo que los absorba casi por completo; tal es el aspecto *familiar y económico*. En efecto, en este grupo no se reconoce otro vínculo más que el de la *sangre* y se hace entrar en él aun los que no tienen este carácter; no se reconoce otro poder más que el del *padre* y el de los *ancianos*, y todos los demás poderes se modelan sobre éste; todas las distinciones se derivan del *nacimiento* y de la *edad*, y encuentran por esto su origen en el seno mismo de la *familia* (2). Análogamente, así como en este período la aspiración primordial

(1) Que los orígenes de la vida económica deben buscarse en la *familia*, lo atestiguan, además del vocablo *οἶκος*, el mismo Aristóteles en su *Política*, lib. I, cap. I, 6.

(2) Véase, para mayores desarrollos y para las citas mi trabajo *Genesi é sviluppo delle varie forme di convivenza civile e politica*. Turin, 1876. Á las obras citadas aquí se pueden añadir: HEARN, *The Arian household*, Londres, 1879, y la obra reciente de ZIMMER, premiada por el Congreso de los Orientalistas celebrado en Florencia, con el título *Altindisches Leben*, cap. VI, pág. 158, Berlín 1879.

de las gentes fué, sin duda, el proveer á la propia *conservación*, así la *vida económica*, adquirió un decisivo predominio sobre todos los demás aspectos de la vida social, y las varias gentes comenzaron á distinguirse según se dedicasen con preferencia á la vida cazadora, pastoril ó agrícola. La diversidad de la *vida económica* fué lo que llevó á las gentes primitivas á adquirir aptitudes diferentes y á dar formas y disposiciones distintas á la sociedad primitiva; por lo cual también entre las gentes de entonces se inició una división del trabajo¹ especialmente bajo el aspecto económico. Entre los pueblos dedicados con preferencia á la caza y los dedicados á la vida agrícola se interpusieron en cierto modo los pueblos nómadas, dedicados al pastoreo, los cuales, transportándose de un lugar á otro, fueron también los primeros intermediarios del comercio de los pueblos, como lo prueba el hecho de que su única riqueza, esto es, los rebaños y el ganado, fué una de las primeras formas de *moneta* (*pecunia* de *pecus*) (1).

El Occidente, por el contrario, después de haber comenzado por aquel grupo social que había prevalecido en el período anterior, llegó con el tiempo á sobreponer á éste la *unidad civil y política* de la *ciudad* y del *municipio*. Como consecuencia de ello, en este período, el aspecto de vida social que adquirió preponderancia sobre todos los demás fué, á la verdad, el *civil* y *político* (de *civitas* y de *πόλις*). Y en este aspecto, los griegos y romanos concentraron los esfuerzos enérgicos de su genio; mientras la *vida económica*, casi despreciada por ellos, fué en gran parte abando-

(1) La influencia ejercida en ciertos límites por la *diferente vida económica* sobre el desarrollo intelectual de los pueblos y sobre las formas diversas que la sociedad presenta, ha sido descrita espléndidamente por LOTZE en el *Microcosmos*, lib. VI, cap. IV, en un trozo que trae SCHAEFFLE, *Sistema sociale dell' economia umana* (Biblioteca dell' Economista, III serie, vol. V, § 24, pág. 37). En cuanto á la función comercial que los pueblos nómadas cumplieron en los tiempos primitivos, debe consultarse á GILBART, *Storia del commercio degli antichi*, y á SCHERER, *Storia del commercio dai tempi antichi fino alla scoperta dell' America* (Biblioteca dell' Economista, vol. IV), como también á RÖSCHER, *Economia dell' agricoltura e delle materie prime*, § 13, (Bibliot. dell' Economista, III serie, vol. I, pág. 586).

nada á la multitud de los vencidos en las guerras de los esclavos y de los libertos, y la vida *religiosa* sufrió constantemente el predominio de la vida *política*. De esto provino asimismo el que, en tal período, la división del trabajo y la cooperación entre los varios pueblos se verificase especialmente bajo el aspecto *civil y político*, puesto que con el *vínculo de la sangre* adquirió predominio el amor á la *propia tierra*; al lado de las virtudes *domésticas* se desarrollaron las *políticas y civiles*; á las distinciones por razón del *nacimiento* y de la *edad* se agregaron las de los diversos *órdenes políticos* en que estaban divididos los ciudadanos ó las que resultaban del *censo*, al lado de las *tradiciones domésticas*, transmitidas de generación en generación, se crearon las *historias políticas y civiles*, y por, último, al par de las *industrias primitivas* que en el seno de la *familia* surgieron, se crearon la *artes liberales y civiles* que sólo podían surgir y prosperar en el círculo más amplio de la *ciudad*. Y he aquí además el verdadero motivo por qué en las *virtudes*, en los *afectos*, en las *instituciones* y en las *artes* referentes á la vida política y civil, serán siempre maestros insuperables los griegos y los romanos (1).

328. Con la caída del Imperio romano, finalmente, se verificó una mezcla de estirpes, de conceptos y de instituciones mayor aun que en los períodos anteriores, y también esta vez, cuanto mayor era la variedad de los elementos que juntos se fundieron, tanto más rica, armónica y coherente debía resultar la nueva organización social. Por un cierto período de tiempo, aquella *vida religiosa* que, no obstante su eficacia en la edad primitiva, no había llegado á tener una existencia propia, consiguió una personificación distinta en la Iglesia cristiana, adquiriendo por algún tiempo predominio sobre todos los aspectos de la vida social; después, sin embargo, de esta masa confusa de instituciones sociales, rodeada y protegida por una aureola religiosa, poco á poco se fué desarrollando una organización más varia y compleja que las precedentes.

En efecto, la *Humanidad*, en este nuevo período de cosas sociales y humanas, fué preparándose gradualmente para una *orga-*

(1) V. antes, Parte I, número 34.

nización económica más amplia que las anteriores. Después de haber sido *nómada* y *aventurera* con los bárbaros, *colónica* y *agrícola* con los feudos, dedicada al *comercio* y á los *cambios* con las repúblicas y con los comunes, acabó en nuestra edad por ser juntamente *agrícola, comercial é industrial*, y por desenvolver en proporciones desconocidas la *vida industrial* propiamente dicha. Con este nuevo desarrollo, toda una clase numerosa, la de los *trabajadores*, tuvo su parte en el organismo social; el *trabajo* fué la ley común de todas las clases, y al lado de las *distinciones sociales*, fundadas en el *nacimiento* y en el *censo*, se fueron desenvolviendo las que se fundan en la distinta clase del *trabajo*, ó sea en las *diferentes profesiones*.

Algo semejante ocurre también en lo que se refiere á la vida *civil* y *política* propiamente dicha; puesto que también bajo este aspecto la *Humanidad*, después de haberse inclinado primero á las *individualidades poderosas* en el período bárbaro, después de haberse reorganizado la *familia patriarcal* en la época feudal, y después de haber hecho revivir la vida *municipal* en el período de los comunes, fué elaborando sobre estos elementos esenciales de toda sociedad humana, los *Estados* y las *naciones* de la Edad Moderna. Este nuevo desenvolvimiento ofreció ocasión á la *actividad jurídica* del hombre para desarrollarse más, no sólo en la *familia* y en el *común*, sino también en el *Estado*. De aquí que el vínculo de *ciudadanía*, que liga á cada hombre con su *ciudad*, fuese dominado por el de la *nacionalidad* que se une al *Estado* ó *nación*, y que, haciéndose imposible por las proporciones más vastas del organismo social la *participación directa* en el gobierno de la cosa pública, se tuvo que recurrir á la *participación indirecta* por medio del *sistema representativo*, el cual acabó por extenderse á todo el mundo civilizado.

La *Humanidad* en la Edad Moderna, por último, llegó también á una nueva organización bajo el aspecto religioso y moral, puesto que al lado del *poder civil* y *político* del *Estado*, continuó subsistiendo una *Iglesia*, bien *aliada*, bien *contraria* al *Estado*, la cual constituye también un aspecto bajo el cual se desenvuelve la actividad social del hombre en nuestro tiempo; por lo cual el *individuo* en nuestra edad, bajo el *aspecto económico* pertenece, á esta ó aquella *profesión* ó *clase*; como *ciudadano* ó *nacional* á este ó aquel

Estado, y, por último, bajo el *aspecto religioso y moral* á esta ó aquella *Iglesia ó confesión religiosa*.

329. Esta síntesis de la evolución social muestra hasta la evidencia, que, en el desenvolvimiento de la sociedad, por una parte crecen las proporciones y la unidad armónica del organismo social, y por otra se hace cada vez siempre mayor la rica variedad de los órganos que entran á constituirla. En este maravilloso proceso todo se modifica y nada se pierde, y mientras en las formas primitivas de sociedad se encuentran las formas más recientes, éstas á su vez no son otra cosa que un ulterior desarrollo de los principios que se encontraban en aquéllas. Lo nuevo ingértase en lo antiguo, y las formas sociales últimas, lejos de hacer desaparecer las formas anteriores, las circunscriben á una función más limitada y adecuada á su naturaleza.

Esto ocurrió cuando la *ciudad* se sobrepuso á la familia y también cuando, por cima de la *ciudad*, se organizó el *Estado*. Es verdad que en el período en que todas las energías naturales y sociales parecen conspirar á la formación de un organismo más vasto, los grupos sociales menores parecen estar como sofocados y absorbidos por aquél; mas apenas han cumplido la obra, los miembros rígidos por el esfuerzo, vuelven á su posición natural, y entonces también las sociedades menores pueden respirar con más desahogo en el seno de la más grande, y libres de ciertas funciones que la sociedad mayor desempeña, pueden atender más eficazmente y con más poder al cumplimiento más especial y circunscrito á que están naturalmente llamadas (1).

En virtud de este proceso es como la sociedad humana, mientras se organiza en proporciones más vastas cada vez, conserva siempre, sin embargo, tanto en el tiempo como en el espacio, aque-

(1) Así por ejemplo, la *familia*, cuando cesó de cumplir aquella función política que, en parte, ejercitó tanto en los comienzos de Roma, como en la Edad Media, perdió gradualmente el carácter *político y agnaticio*, y se fué organizando cada vez más según los efectos naturales, lo mismo que el *municipio*; por el predominio del *Estado* y de la *nación* perdió de su *importancia política*, pero continuó conservando su *eficacia administrativa*, y se encontró en cierto modo en condiciones más favorables para proveer exclusivamente á sus intereses locales.

lla variedad de formas que tuvo primero. Por consiguiente, en su seno, al lado de una civilización floreciente y quizá en vías de decadencia, se encuentran civilizaciones que apenas comienzan á manifestarse en sus primeros ensayos, y al lado de Estados trabajados quizá por la excesiva extensión de su territorio, se hallan otros que apenas si tienen las proporciones de la tribu y del municipio. Lo mismo ocurre al arqueólogo que, investigando los fundamentos de ciudades florecientes de juventud y de vida, descubre á veces restos de antiquísimas metrópolis, dignos de admiración y de estudio.

330. Añádase á esto que siempre que una nueva organización social se va preparando, parece despertarse en los ánimos algún instinto ó sentimiento indomable de la naturaleza humana. Así, por ejemplo, mientras todo se reducía al *grupo patriarcal*, pareció dominar casi exclusivamente el corazón humano el vínculo de la *sangre*; cuando, por el contrario, se trató de fundar la *ciudad* y el *municipio*, al lado del *vínculo* de la sangre se desenvolvió y adquirió predominio también el *amor á la tierra propia*, y, por último, cuando se trató de constituir el *Estado y la nación*, fué difundándose en los ánimos un cúmulo, todavía no bien definido, de *sentimientos* y de *afectos* que suele significarse con el nombre de *sentimiento nacional*. Á los antiguos vínculos se añaden de este modo otros nuevos; mas también éstos, para quien atentamente los considere, lejos de borrar los que les precedieron, no son sino una más amplia manifestación de los mismos. Así, por ejemplo, el *sentimiento nacional*, que todavía hoy puede definirse de varia manera, pero que por nadie puede ser negado, debe considerarse en sus factores esenciales como el desenvolvimiento de *instintos*, *sentimientos* y *afectos* esencialmente humanos que se encontraban ya en las formas anteriores de sociedad. Los factores que concurren á constituirlo pueden ser diversos en número y en proporciones; pero suelen reducirse esencialmente á tres, que son: el vínculo *étnico* ó de *raza*, el vínculo *geográfico* ó de *territorio*, y, por fin, el vínculo *histórico y tradicional*, con cuyos vocablos se comprende asimismo la comunidad de tradiciones, de tendencias, de costumbres y de lengua; porque esta comunidad suele lo más frecuentemente ser efecto de la vida histórica común. Ahora bien, el *vínculo étnico* no es otra cosa que una transformación de aquel vínculo de

sangre que después de haber organizado la *familia*, y de haber compuesto la *tribu* y la *comunidad del pueblo*, crea ahora la *nación*; porque la *raza* que en ella prevalece, por más que hoy resulte del cruce y superposición de otras muchas razas, no deja de dar á cada *nación* un sello y carácter particular.

Del mismo modo el *vínculo geográfico* del territorio encuentra su origen en aquella oleada de *afectos* y de *sentimientos* que siempre se desenvolvió entre el hombre y el suelo que habita. Este *vínculo*, que fué el que unió al hombre con la *casa* en que nació, luego á los *muros* de la *ciudad*, ahora se extiende á todo aquel *territorio* que la misma Naturaleza parece haber designado como confín de una determinada *nación*; de modo que al espaciarse la mirada del hombre sobre la tierra en que vive, también este *afecto* por la *tierra propia* se ensancha y se extiende.

Por último, también el *vínculo histórico y tradicional*, el cual proviene, en substancia, de haber participado de las mismas *vicisitudes* y *hechos*, ya se encuentra en germen en la *familia*, cuyos miembros están unidos por el cuidado de proveer al sostenimiento común, se amplía en el *municipio*, que hubo de llamársele así porque sus miembros están llamados á participar de las mismas funciones (*municipes qui una munus fungi debent*) (1), y, por fin, adquiere en las *naciones* una verdadera preponderancia cuando éstas llegan á tener conciencia de la *misión histórica* que parece estarles confiada en la obra común del progreso. En la *nación*, en efecto, el instinto de la *sangre* y de la *raza* se encuentran ya debilitados en parte, porque la pureza de la sangre y de las razas han desaparecido casi totalmente, y también el *afecto* del *lugar* se halla aminorado, porque el territorio de la nación es ya tan amplio, que

(1) VARRÓN, V. 16. En cuanto á las distintas significaciones del vocablo *municipium* debe consultarse á NIEBHUR, *Histoire Romaine*, III, pág. 79. De ellas resulta que el concepto dominante en él es el de *participación en las mismas funciones*, mientras que por el contrario con los vocablos *urbs* y *pomoerium* se indica el *círculo de los muros* en que se encuentra circunscrita la *ciudad*, y el vocablo *civitas* dice con preferencia el *conjunto de los ciudadanos*. De este modo la *civitas*, el *municipium* y la *urbs* indican los tres elementos esenciales que entran á constituir la *ciudad* y el *común*.

nadie puede abrazarlo con su mirada, ni conocerlo en todas sus partes como la *casa* y el *pueblo* en que se ha nacido; mientras que por el contrario, la conciencia de una comunidad de tradiciones y de historia adquiere en el *sentimiento nacional* una mayor potencia y eficacia, porque como *Estado* y *nación* es como un pueblo puede sobre todo tener una historia.

Es preciso, pues, afirmar en conclusión que estos tres vínculos *étnico, geográfico é histórico*, han concurrido en todas las formas de sociedad, pero cada cual ha tenido su período de predominio, puesto que en el *grupo patriarcal* y en la *tribu* prevaleció el *instinto* de la *sangre*; en el *municipio* y en la *ciudad*, el *afecto* al *lugar* y al *territorio* comprendido dentro de los *muros*; mientras que en la *nación* predomina la *conciencia* de una *vida histórica común* á la cual se siente llamado naturalmente un pueblo determinado.

Gracias á esta preponderancia incontrastable del *elemento histórico y tradicional*, el *sentimiento nacional* comienza á despertarse en el ánimo de los habitantes de un país, cuando siendo largo el camino que unidos han recorrido, son muchos los peligros compartidos y las aspiraciones sentidas y las empresas realizadas juntos, y luego, esta misma comunidad é identificación de la historia, coopera poderosamente á producir la analogía en la *lengua*, en las tradiciones, en las *leyes*, en las *costumbres* y *tendencias*, que son como otras tantas señales y manifestaciones de la íntima virtualidad de una nación (1).

331. Estos diversos coeficientes; *raza, territorio é historia común*, que, concordando todos, constituirían el *ideal* de una na-

(1) En cuanto á las opiniones diversas de los autores sobre los elementos constitutivos de la *nacionalidad* véase á BRUSA, *Dell'odierno diritto internazionale pubblico*, Módena, 1875, págs. 312 y siguientes, y á FIORE, *Delle aggregazioni legittime secondo il diritto internazionale*, Turín, 1879. (*Actas de la R. Academia de Ciencias de Turín*, vol. XIV). En las mismas se puede deducir que los autores tanto italianos como extranjeros parecen mirar á la *nación* como un organismo *natural é histórico*, pero muchos de ellos, entre otros Stuart Mill, Lieber, Bluntschli, Holtzendorff, están concordes en reconocer que el origen de la conciencia nacional debe con preferencia buscarse en los *antecedentes históricos* de un pueblo determinado.

ción, pueden en la *realidad* presentarse en proporciones diferentes; por lo cual es difícil determinar en un caso concreto si concurren en un pueblo los requisitos necesarios para constituir una *nación*. Si á esto se añade que el *sentimiento nacional*, por su carácter complejo y colectivo, madura lentamente en la conciencia de un pueblo y pasa por necesidad por una evolución lenta y gradual, son fáciles de explicar las incertidumbres que hoy todavía se presentan en el análisis del *sentimiento nacional*.

Comienza éste en efecto á manifestarse como un sentimiento casi *inconsciente é instintivo*, que palpita por todo el país, suscitando movimientos y agitaciones no siempre bien comprendidas por los que tomaron parte en ellas; cámbiase luego en un *sentimiento y afecto* que enciende los ánimos y suscita nobles y generosas aspiraciones, y aquel espíritu de *abnegación* y de *sacrificio* sin el cual difícilmente se pueden llevar á cabo las grandes empresas, y, por último, llega también á la *inteligencia*, la cual trata de darse cuenta de él, investiga sus causas y fundamento, y transforma de este modo el *sentimiento nacional* en un *principio científico* que pone ella como base de la organización política de la sociedad humana. El *sentimiento nacional* va apoderándose gradualmente de toda la personalidad social: persuade su *mente*, inflama el *corazón*, fortifica su *braxo*, es un *instinto* para las multitudes, un *sentimiento* para los ejércitos y para los hombres políticos, un *principio científico* para los hombres de ciencia y de especulación hasta que llega ocasión en que la obra llega á sazónada madurez, y entonces todas las energías naturales y sociales parecen conspirar acordes y unidas á encarnar en el hecho aquel *ideal* de la *nación* que desde este momento constituye la aspiración común de todos.

332. Este *sentimiento*, por consiguiente, no obstante su naturaleza difícil de definir y la variedad de los elementos que concurren á formar lo, va educándose gradualmente en la vida de un país y cuando llega á manifestarse puede considerarse como «la aspiración concorde de las distintas partes de un país y de un pueblo para llegar á conseguir una organización política que corresponda con las condiciones naturales é históricas», y debe considerársele como la causa primera de aquella transformación que en la Edad Moderna se ha ido verificando, y gracias á la cual la

ciudad, que era el ideal del mundo antiguo, fué sustituida por el ideal del *Estado* y de la *nación* (1).

Las energías naturales y sociales hace mucho tiempo parecen conspirar á este resultado; pero el ideal de la *nacionalidad* con dificultad llega hoy á traducirse en los hechos. La Naturaleza es en esta parte semejante al artista que, teniendo, sin embargo, ante sí un ideal espléndido, no siempre logra encarnarlo en el lienzo ó esculpirlo en el mármol. Comenzó por un largo período de preparación, en el cual la Humanidad pareció recorrer una á una todas las formas de convivencia social para poner una base suficiente sobre la cual pudiera levantarse el nuevo edificio. Luego,

(1) El concepto de *nacionalidad*, como base de la organización política del género humano, puede decirse que por largo tiempo permaneció inconsciente para el pueblo italiano. Si la *historia* de las ideas no fuese bastante, la historia de los hechos lo comprueba plenamente. Por lo demás, aquel concepto de la organización de la Humanidad civilizada en naciones que parece ser como la base oculta en que se apoya la *Scienza nuova* de Vico, reaparece en Romagnosi, en Pellegrino Rosi, en Gioberti y, por último, llega á afirmarse en Mancini (*Prolusione al corso di diritto internazionale*, Turín, 1851), y en Mamiani (*Il nuovo diritto europeo*). De algún tiempo á esta parte, parece, sin embargo, haber comenzado tanto en España, como en Italia un trabajo crítico sobre el mismo. Pasó el período del *entusiasmo* y le ha llegado el *crítico*, como naturalmente había de suceder. Siguen esta corriente de ideas en España PÍ Y MARGALL, *Las Nacionalidades*, trad. francesa de Ricard, París, 1879, el cual combate la nacionalidad para poner en su lugar el sistema federativo, y en Italia dos distinguidos compañeros míos, Brusa y Fiore en los dos trabajos citados anteriormente. Éstos, si he logrado apoderarme de su concepto, distinguen diversas especies de agregaciones de pueblos. BRUSA, por ejemplo (ob. cit. pág. 364), dice: «se pueden concebir para el hombre tres especies de patria: la que es inconsciente, física, natural que se llama *nación*; la patria formada por las costumbres, que es el *estado histórico*, y la patria *moral*, que sería la formada por hombres de cualquier raza, lengua, creencias, con tal de tener ideas comunes sobre las leyes del Estado, sobre la justicia. Para FIORE, análogamente (Opúsc. cit., pág. 23; *Trattato di diritto internazionale pubblico*, número 291, pág. 215, 2.^a ed. Turín, 1879) existen tres especies de agregaciones entre los pueblos, á saber: las *agregaciones legítimas*, cuando las partes varias consienten espontáneamente; los *organismos políticos*, donde pueden existir antagonismos, pero existe una comu-

nos (1), y, á pesar de esto, también hoy son pocos los pueblos que han logrado adaptarse en sus condiciones naturales y en las cuales la organización política haya llegado á hermanarse con los límites naturales de la *nación*. También hoy la personalidad civil y política continúa estando representada por el *Estado*, mientras la *nación* no constituye más que un *ideal* hacia el cual tiende la organización de los modernos Estados. La *nación*, por lo tanto, hasta que no está organizada políticamente en un *Estado*, no puede considerársela como el *sujeto* del derecho internacional, ni puede llamársela una verdadera *personalidad jurídica y política* por más que tienda á alcanzarlo, y si es cierto que un principio, cuando penetra en la conciencia social, no se detiene en su acción hasta haber recorrido toda la sociedad, conviene decir que el *sentimiento nacional*, lejos de agotarse, se encuentra hoy día en la plenitud de su vigor y de su energía, y está llamado á producir en la organización política y social de la Humanidad transformaciones mayores todavía de las que se han verificado bajo su influencia.

Este sentimiento de la nacionalidad es el que debe presidir á la constitución de los Estados, como el *vínculo de la sangre* en la constitución de la *familia*, y la *comunidad de intereses locales* en la constitución del *municipio*. De aquí el gran trabajo á que aspira la sociedad moderna, que consiste *en organizar el mundo civilizado en tantas nacionalidades distintas, que, teniendo cada una vida propia, concurren todas á formar una vida armónica y colectiva*.

(1) Debe consultarse sobre este particular el cuadro histórico que HEEREN describe en su obra: *Système politique des États en Europe*, trad. Reiffenberg, tomo III, Bruselas, 1834.

cuando sobre las ruinas de feudos y de los comunes comenzaron, generalmente por la fuerza y la violencia, á formarse los *Estados* y las *Monarquías*, unos experimentos debieron seguir á los otros y los agregados de pueblos debieron ensayarse y volverse á ensayar bajo un número infinito de aspectos y de formas antes de convertirse en estables y permanentes. Las conquistas, las guerras de sucesión de las casas reinantes, las negociaciones diplomáticas, las sumisiones espontáneas, el temor de la preponderancia de una gran potencia, el equilibrio político europeo, el sistema colonial, las tentativas de dominación universal hicieron sucederse unas á otras las combinaciones en la formación de los Estados moder-

nidad de territorio y de gobierno, y los organismos anormales, donde falta todo género de homogeneidad.

Por mi parte reconozco, con mis colegas, que las agregaciones entre los pueblos varios se presentan en gradaciones diferentes; pero esto, á mi juicio, lejos de debilitar el concepto de *nacionalidad* como base de la actual organización del género humano, demuestra, por el contrario, que la *nación* es un organismo vivo que puede pasar en su vida por diferentes gradaciones y momentos. En cuanto á la distinción indicada por Brusa entre una patria natural, una patria histórica, y una patria moral, me parece una abstracción, porque si se examina en la realidad la vida de una nación, se encuentra que estas tres especies de patria constituyen una sola, estudiada en momentos diferentes de su vida. La patria *física* puede transformarse en *histórica*, y la *histórica* en *moral*, cuando sus mismos habitantes adquieren conciencia de ella y le ponen el sello con su propio consentimiento. Análogamente, los *organismos anómalos* de Fiore, tras una larga convivencia, pueden cambiarse en *organismos políticos*, y por último, cuando se añade el libre *consentimiento*, en *agregados legítimos*. El *sentimiento nacional* y la *conciencia* de él son, por consiguiente, los que conduciendo poco á poco las varias partes de un pueblo á consentir espontáneamente en la formación de un solo Estado, tienden á sustituir, según la expresión de RANOUVIER (*Critique philosophique*, año IV número 38, 21 Octubre 1875, pág. 183) y de BRUSA (op. cit.), las razas *físicas* ó las razas *éticas*, según la expresión de Fiore, á los *organismos anómalos*, ó puramente *políticos*, las *agregaciones legítimas*. En cuanto al concepto de que el Estado sea el verdadero sujeto de derecho internacional (DEL GIUDICE, *Enciclopedia giuridica*, Milán, 1880, pág. 175), no puede dar lugar á duda; pero no excluye esto que los Estados modernos tiendan, en efecto, á organizarse políticamente en conformidad con el *sentimiento nacional*.

CAPÍTULO II

EL CARÁCTER DE LAS ACTUALES NACIONES Y DE ALGUNAS DIFERENCIAS QUE LAS SEPARAN DE LOS GRANDES PUEBLOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

333. Proceso que en su formación han seguido los Estados modernos y diferente carácter psicológico que han manifestado.—334. Causas que pueden haber cooperado al desenvolvimiento de un espíritu diverso en cada una de las naciones.—335. Concepto del espíritu nacional y de los caracteres por que puede ser reconocido.—336. Comparación de las grandes naciones modernas con los grandes pueblos de la antigüedad en cuanto al modo como ellos personifican la Humanidad.—337. Cómo las diferencias psicológicas entre las naciones modernas han crecido en número, pero han perdido en intensidad.—338. Cooperación contemporánea de las naciones modernas en la obra común de la civilización.—339. Indicación de los caracteres nacionales á cuyo estudio se circunscribe el presente trabajo.

333. Cuando sobre las ruinas de los feudos y de los comunes comenzaron á fundarse los Estados modernos, pareció que éstos seguían todos un proceso análogo en su formación. En todos, sobre la *nobleza feudal* fué elevándose un *soberano*, el cual ora apoyándose en los comunes, ora uniéndose, por el contrario, á los *feudatarios*, acabó por transformar su *persona*, su *autoridad*, y la *ciudad* en que residía en un centro de unificación. Así, en medio de las varias agregaciones sociales se manifiesta una *autoridad central y soberana* que va lentamente reconstituyendo el

poder civil y político, al reivindicar uno á uno aquellos poderes que durante la época feudal se habían repartido entre los Barones y la Iglesia.

Con el tiempo, sin embargo, comienza á introducirse también variedad en este movimiento, porque hay regiones, como Francia, en donde la unificación se verifica con más rapidez, y otras, por el contrario, como Inglaterra, en donde las guerras internas duran mucho tiempo, pero, gracias al contraste admirable que entre los grandes poderes del Estado existe, cuales son la Corona, los grandes propietarios de tierras (*landlord*) y los comunes, se desenvuelve la constitución política más perfecta de nuestra época, y existen otros, por fin, en los cuales, por haber durado más tiempo la lucha entre la Iglesia y el Imperio, como ocurrió á Italia y á Alemania (1), el trabajo de la unificación nacional se ha retrasado estos últimos tiempos, en que en un breve período se ha cumplido lo que en otros pueblos se había efectuado con más lentitud.

Añádase todavía que desde el período en que se preparan las nacionalidades modernas, comienzan éstas á aparecer penetradas por un *espíritu* diferente, el cual, inadvertido primero, llega á imprimir carácter particular á su lengua, á sus leyes, á su literatura, ciencia y arte y á todas las demás manifestaciones de su vida social. Sucede, en suma, con las naciones modernas lo que hemos encontrado en las gentes ó estirpes de la antigüedad, que, después de haber partido de instituciones comunes, acabaron por dar á las mismas un desenvolvimiento tan distinto que al cabo de algún tiempo no podrían persuadirse de su común origen.

334. Cómo ocurrió esto y cuáles hayan sido los coeficientes que cooperaron á formar este distinto *espíritu nacional*, es cosa más difícil de determinar que para un químico el descomponer en todos sus elementos aquel metal que resultó del incendio de la riquísima Corinto; pero los estudios concienzudos llevados á cabo

(1) V. con este objeto á FLINT, *La philosophie de l'histoire en France*. Introd. pág. 108, el cual, sin embargo, observa con GERVINUS (*Introduzione alla storia del secolo XIX*, trad. Peverelli, Turín, 1854, § 9, pág. 18) que si la lucha entre la Iglesia y el Imperio fué para Alemania é Italia como manantial de grandes calamidades, ha aportado, no obstante, á Europa grandes ventajas en general.

en estos últimos tiempos sobre la Edad Media, y aun más el estudio psicológico de la Naturaleza humana, pueden ayudar á determinar al menos las grandes líneas por las cuales ha debido pasar un proceso tan maravilloso.

Dejando á un lado las distintas y casi indefinidas combinaciones de las estirpes (*elemento étnico*), y también las varias y múltiples influencias del territorio y del clima (*elemento geográfico*), cuyo análisis es más bien de la competencia del fisiólogo y del antropólogo naturalista, y ateniéndonos también en esta parte al *elemento histórico tradicional*, parece que el mismo haya comenzado á contribuir eficazmente en la formación de un diferente *espíritu* en las naciones, cuando éstas comienzan á adquirir conciencia de un *pasado común* de que habían participado las varias gentes que entraron á formarlas. Fué aquel eterno crear mitos de los Troyanos, de Fiésole y de Roma, del cual encontramos rastros en todas las grandes ciudades italianas, lo que comenzó á introducir una cierta comunidad de tradiciones y de pensamientos entre las varias partes de Italia (1), del mismo modo que las leyendas poéticas sobre la situación y las empresas de los primitivos germanos fueron las que comenzaron á despertar, si no el pensamiento, al menos el instinto de la nacionalidad germánica. En este sentido no fué un ultraje el llamar á Italia la *tierra de los muertos*; porque si ella no hubiera tenido profundamente arraigada la religión de sus antepasados, que fué la religión primitiva de los pueblos, si no hubiese recordado á sus muertos y no les hubiera encarnado en las propias tradiciones y cantado en sus epopeyas, quizá no hubiese tenido nunca tanta fuerza y energía para recuperar otro gran período de vida social.

Y, en efecto, el ocuparse de los antepasados y de las tradiciones comunes es lo que comenzó á producir una cantidad de *afectos* y de *sentimientos comunes*, los cuales ayudaron á la formación de una *lengua* que como una reina fué dominando sobre todos los particulares *dialectos*; porque si mientras se trataba sólo de intereses particulares podía bastar el *dialecto*, cuando, por el contrario, debía expresarse un pasado, una tradición y un conjunto de afec-

(1) V. BARTOLI, *Storia della letteratura italiana*, vol. I, cap. II, página 61, Florencia 1878.

tos comunes, había de elegirse con preferencia aquella lengua que primero había servido para narrar noblemente en verso y en prosa los grandes hechos de los antepasados comunes.

Cuando un pueblo, no obstante sus divisiones, llega á tener una *lengua común*, se puede decir, con Vico, que el *espíritu* de la nación ha encontrado ya su propio *vehículo*, esto es, un modo de extenderse y difundirse y de hablar al corazón de todos. La *lengua* es para la *nación* lo que la *palabra* para el *individuo*; es un *vehículo* entre la *idea* y el *hecho*, entre el *pensamiento* y la *acción*; es indicio, por un lado, de una cierta *parentela espiritual* entre los países que hablan la misma lengua, y fundamento, por otro, de que ellos han debido tomar parte en muchas *empresas* y *hechos* comunes. Por consiguiente, para una *nación*, el llegar á la formación de una *lengua común* es un progreso no menor de lo que es para el individuo el llegar á saber servirse de la *palabra* para significar el *pensamiento*. Desde este momento, el *espíritu* de una nación cuenta con el instrumento más eficaz para manifestarse en la filosofía, en la ciencia, en la literatura, en la legislación y en el arte; los cuales, á la vez que son ya la manifestación de un *espíritu común*, contribuyen también á que el *espíritu* tenga conciencia de sí mismo, y ayudan de este modo á la formación de la *conciencia* de una nacionalidad propia y distinta.

335. De esto se puede inferir lícitamente que aquella *energía* misteriosa y oculta que en la intimidad de una nación cumple la función que el *alma* desempeña en el cuerpo del individuo, y que por esto hubo de llamársele con justicia el *espíritu* de una nación, si durante el período de elaboración puede ser considerada como una resultante de coeficientes infinitamente diversos porque refleja todas las vicisitudes de raza, de clima, de historia y de tradiciones por los cuales ha pasado una nación, una vez que ésta logra afirmarse debe considerársela como la *fuentes* primera, de donde se derivan todas las manifestaciones de la vida social de una determinada nación. También ésta, á semejanza del individuo, tiene un período de su vida que puede llamarse de *asimilación* y de *absorción* porque en el de la *nación*, flexible como una planta joven, recoge y aprende sobre todo y sufre la influencia de las diferentes contingencias entre las cuales se encuentra; á éste sucede, sin embargo, otro en el cual la *nación*, habiendo logrado formarse un

carácter y temperamento propios, exterioriza é irradia en torno suyo, en formas infinitamente variables, aquella *virtualidad* íntima que llegó á concentrar en sí misma. De donde resulta que el *espíritu* de una nación, si por una parte puede considerarse como un *efecto*, por otra puede y debe estimarse como la *causa y origen primero* de todas las manifestaciones sociales, al modo del corazón en el organismo humano, que en la *diástole* reclama la sangre de las extremidades del cuerpo y en la *sístole* la difunde por todas las partes del organismo.

En esto radica la dificultad grandísima de compendiar en pocos rasgos el *espíritu* de una nación; puesto que para llegar á un resultado cualquiera conviene poder recabar de las ideas, de las tendencias, de las acciones todas en que se manifestó la virtualidad de un pueblo determinado, un *carácter psicológico* tan general y constante que por un lado sea comprobado por todas las manifestaciones de su vida social, y por otro sea tal, que la vida social del pueblo mismo pueda considerarse como lógico desenvolvimiento del *carácter* de que se trata.

No es, pues, en un momento transitorio ó en un súbito impulso, determinado quizá por la preponderancia política de otro pueblo, en donde una nación debe entrever su temperamento psicológico, sino en aquella dirección que por haber arraigado y estar como compenetrada con las cualidades originarias de su estirpe le acompañó fielmente aún bajo las diferentes influencias del clima y á través de las vicisitudes de la historia; en aquella dirección que no se revela solamente en una ú otra manifestación de su vida social, sino que apenas penetra en una, anhela difundirse en todas, por lo cual se descubren huellas suyas en la ciencia, en la legislación y en el arte; en aquella dirección que, perdida por un instante, deja el espíritu de una nación agitado, inquieto, ansioso hasta que no logra posesionarse de él de nuevo; en aquella dirección que, aun siendo única en sí misma, se transforma, evoluciona, se civiliza, progresa y asume apariencias, las cuales si bien infinitas en su variedad, alientan un espíritu común; en aquella dirección, por último, que, cuando llega á afirmarse y encarnarse en algún aspecto nuevo de la vida de una nación, logra siempre comunicarle una grandeza antes desconocida.

Asentado este concepto del *espíritu* de una nación, importa

antes de descender al estudio del carácter psicológico de las naciones principales, delinear los caracteres generales y comunes de las naciones modernas frente á los pueblos de la antigüedad clásica.

336. El primer rasgo característico de las actuales naciones puede enunciarse diciendo que cada una de ellas, colocada frente á frente de las grandes estirpes del período greco-romano, integra en sí en mayor grado á la *Humanidad*, representándola en cierto modo bajo todos sus lados y aspectos; pero ninguna de entre ellas podrá llegar á personificar este ó el otro aspecto esencial de la *Humanidad civil* con aquella eficacia, potencia é intensidad con que algunas estirpes de la antigüedad lo encarnaron. Así, para explicarlo con un ejemplo, en vano se buscaría entre las naciones modernas un pueblo que, en cuanto á *potencia ideal é intelectual*, tanto en *filosofía* como en *arte*, pueda competir con el pueblo griego, ni otro que, como *voluntad legisladora* pueda ponerse á la altura del pueblo romano; pero entre tanto todas las grandes naciones modernas se esfuerzan por integrar y aunar en sí la personalidad humana entera, con toda la variedad y riqueza, como no lo hicieron griegos ni romanos. Ningún pueblo moderno se satisfaría con haber sido *filósofo* ó *artista* como Grecia, ó casi exclusivamente *legislador* como Roma, sino que, aceptándolos todos como ejemplares bajo estos aspectos, tratan de probarse en todas las relaciones de la vida civil y humana, y vienen á dividirse de este modo el trabajo en el dominio de la *ciencia*, de la *legislación*, del *arte*, y apenas hacen experiencia de sí mismos bajo un aspecto, pasan á otro. He aquí el motivo de lo difícil que es aferrar la nota fundamental del *carácter* de las naciones modernas; puesto que apenas se llega á creer que se ha alcanzado, la *nación* viene á revelarse en una serie de nuevas manifestaciones que se sustraen al *carácter* que primero se veía *fundamental*. Los extremos y los contrarios que se combaten en el interior del hombre y en el seno de la sociedad, parece que en las naciones modernas están como más confundidos y entrelazados que no en los pueblos antiguos. No es difícil encontrar la razón fisiológica y casi matemática de este hecho.

Debe atribuirse á la mezcla mayor de las varias estirpes, que hubo de verificarse en los comienzos del período moderno. Esta mezcla mayor hizo que las facultades esenciales que prevalecían en cada una de las estirpes, como asimismo los conceptos civiles y

humanos que correspondían á cada una de estas facultades, se fueran confundiendo y atemperando entre sí; por lo cual si cada estirpe llegó á perder en parte las formas características y decisivas que distinguían con pureza el tipo helénico del itálico y del teutónico, cada una, sin embargo, al mezclarse con las otras, fué ganando en aquellas facultades y en aquellos conceptos que, poco desenvueltos por ella, habían adquirido mayor desarrollo en las demás estirpes con las que se encontró en contacto; de donde se derivó la consecuencia arriba indicada de que cada una, al representar los aspectos varios de la Humanidad, hubo de ganar en *extensión* lo que perdió en *intensidad* y *eficacia*.

337. Resulta de esto, como consecuencia, un segundo carácter particular á las naciones modernas, que á primera vista parecería implicar una contradicción si no pudiera confirmarse fácilmente en el hecho. Por un lado en el mundo moderno crecieron las *notas comunes* y lo que podría llamarse *patrimonio común* entre las varias naciones, y por otro se fueron haciendo mayores en número y casi indefinidas la variedad y las gradaciones diferentes entre pueblo y pueblo. Podría enunciarse este carácter con otras palabras, diciendo que las *diferencias y gradaciones de carácter* entre pueblo y pueblo se hicieron menos decisivas en el mundo moderno de lo que lo fueron en el mundo antiguo, pero en cambio se hicieron mucho más numerosas y casi indefinidas. Cuyo resultado es también una consecuencia de que si bien una mezcla mayor de estirpes, de facultades, y de conceptos y de instituciones civiles y humanas colmó ciertas líneas demasiado marcadas que separaban á un pueblo de otro, dió también origen á un número mayor de gradaciones y combinaciones de estos elementos primitivos, pudiéndose decir que en el mundo moderno existen mayores analogías y mayores variedades, al mismo tiempo, que las que existían en el mundo antiguo.

Por una parte hay, en efecto, entre las naciones modernas un mayor patrimonio común, porque tienen éstas un *pasado* del cual todas toman ampliamente. Se puede decir sin peligro de exagerar que los conceptos esenciales del mundo greco-latino-germánico, á los cuales se añaden actualmente los del mundo oriental, fueron, por decirlo así, trasvasados en las naciones modernas. Ciertamente, las distintas naciones no pudieron menos de apoderarse y des-

envolver estos conceptos bajo aspectos diferentes según los períodos de vida por los cuales pasaron aquéllas; pero de esto se originó siempre un grande y copioso caudal de *ideas* comunes á todos los pueblos civilizados de nuestra edad, sobre todo en lo que á la vida civil y política se refiere. Añádase á esto que el mundo moderno se inaugura con una *religión* que antes que ninguna otra aspiró á abrazar en su seno todo el género humano, por lo cual la religión que en la antigüedad era causa de divisiones y envidias entre los distintos pueblos, se fué transformando en una fuente inagotable de pensamientos y de aspiraciones comunes. Las naciones modernas, además, por las comunicaciones más fáciles, hicieron y hacen constantemente un trabajo de comparación entre la historia, las tradiciones, las instituciones y los conceptos fundamentales que prevalecen en su país y los de los países inmediatos; lo cual trae consigo una cierta comunidad de vida económica, jurídica y política entre las distintas naciones, pudiendo decirse que en todas se agitan los mismos problemas económicos, jurídicos y políticos. Una prueba de esto encontramos en la tendencia que hoy en todas partes se manifiesta hacia un gobierno constitucional, republicano ó monárquico, como también en el hecho de que en todas las naciones se habla de una *cuestión social*, y en que los grandes *problemas jurídicos* son para todos los mismos.

Frente á esta mayor comunidad, sin embargo, se manifiesta una mayor *variedad* también, porque como el pasado fué comprendido y asimilado bajo distinto aspecto por cada una de las diferentes naciones, también la religión común se manifestó diversamente, y los problemas comunes, como la organización política, la cuestión social y las instituciones jurídicas se presentan bajo formas y apariencias infinitamente diversas, y diferentes son asimismo los medios con que cada una trata de resolver problemas que pueden parecer idénticos y comunes.

338. Finalmente, un rasgo característico de los pueblos modernos debe establecerse también en que así como las *estirpes* de la antigüedad personificaron en sí mismas la *Humanidad* solamente en la *sucesión del tiempo*, porque en cierto modo fueron sobreponiéndose unas á otras sucesivamente, y la que llegó después recogió la herencia de la que le había precedido que ya se encontraba decadente, las *naciones modernas*, por el contrario, si bien

continúan desenvolviendo la gran figura de la Humanidad en la *sucesión del tiempo*, la personifican también entre todas en la *extensión del espacio*. El mundo clásico fué ya un organismo, mas para descubrirlo en toda su integridad conviene mirar primero á los griegos, luego á los romanos, y por fin á los germanos, porque sólo entre todos personifican la *Humanidad*; mientras el mundo civilizado moderno viene á estar constituido por varias naciones que florecen al *mismo tiempo*, aun cuando en *distinto espacio*, y contribuyendo todas á una obra común. La historia moderna no es ya la de un solo pueblo, que lograba cambiar su propia historia en una historia universal, como dijo Polibio de los romanos, sino que es la de muchos pueblos que, teniendo cada uno su historia peculiar, constituyen entre todos una historia universal. Por esto el *mundo moderno* no debe ya llamarse mundo francés, ni inglés, ni germánico, ni italiano, sino que su nombre adecuado lo ha hallado en el vocablo *mundo civilizado*.

Verdad es que en un momento determinado la balanza parece inclinarse con preferencia hacia ésta ó la otra nación, que precisamente por esto predomina sobre todas las demás; también lo es que puede haber pasado por la *fantasía* de todas las naciones el deseo y el sueño de fundar un *Imperio universal*; pero la experiencia recogida sólo de la historia moderna debería disuadir de semejante propósito, desde el momento en que todas las naciones modernas en un período de vida, siempre relativamente breve, tuvieron momentos de grandeza y de fuerza, y otros, por el contrario, de depresión y de debilidad; épocas en que pasaron por maestras del género humano, y otras en que tuvieron que contentarse con aprender de las demás.

Este hecho, peculiar en un todo de la época moderna, puesto que en la antigüedad cuando una nación perdía su cetro no lograba recuperarlo, debería persuadir de que en la época moderna el *espíritu universal* (para usar el lenguaje de Hegel) no informa ya á un solo pueblo dándole el derecho de preponderancia sobre los demás y el de recurrir á la fuerza, si fuere menester para hacer valer su predominio; sino que va manifestándose en forma distinta á las diversas gentes, y por esto impone á cada una el deber de cooperar según sus aptitudes en una obra común.

339. Éstos son, en mi juicio, los rasgos característicos de los

pueblos modernos en comparación con los grandes pueblos de la antigüedad: pero sobre esta base común que viene de Grecia y de Roma y de la antigua Germania, y que fué renovada en parte y confirmada en el contacto con la idea cristiana, han ido tomando gradualmente formas cada vez más distintas y propias algunos pueblos y naciones, los cuales aparecieron como otras tantas personalidades grandes y poderosas cuyo desenvolvimiento lógico y coherente en todas sus partes dió un sello especial también á su vida jurídica y social. Todos los pueblos modernos, desde la pequeña Holanda á la inmensa Rusia, desde la antigua Iberia á la joven América, podrían ofrecer á un observador aspectos peculiares, muy dignos de notarse aún sobre cosas jurídicas y sociales; mas el intento del presente trabajo y la poca extensión de mis estudios me obligan á restringir este ensayo de *psicología civil comparada* al carácter inglés, germánico, francés é italiano. De todos ellos, los tres primeros atraen naturalmente las miradas de todos, y han sido repetidas veces comparados entre sí (1), porque entre

(1) Las comparaciones entre el carácter del pueblo inglés, francés y alemán son muy antiguas. Se encuentran algunos rasgos aquí y allá en Maquiavelo y en otros historiadores italianos, en los cuales, sin embargo, falta todavía por completo la sentencia psicológica. Las observaciones sueltas hechas por Vico sobre el particular, son ya mucho más profundas, y lo mismo puede decirse de Romagnosi, y sobre todo de Gioberti. Entre los contemporáneos, el profesor DE GIOANNIS Gianquinto, en dos discursos acompañados de abundantísimas notas, uno con el título *Il progresso indefinito del diritto*, Cagliari, 1863, y el otro, *Il nuovo diritto amministrativo in Italia*, Pavia, 1864, trató de hacer un paralelo entre el carácter de estos varios pueblos, especialmente en *relación con el organismo administrativo*. Estas comparaciones son luego más frecuentes en los autores franceses, que se elevan á consideraciones de filosofía de la historia. Baste citar, entre otros, á COUSIN, *Introduction à l'histoire de la philosophie*, lec. V, VI, VII; JOUFFROY, *Essais sur la philosophie de l'histoire* (publicado en el *Globe* de 1825 á 1827); MICHELET, *Introduction à l'histoire universelle*; QUINET, *Essais sur l'unité morale des peuples modernes*, y por lo que toca á los estudios filosóficos sobre el derecho, el reciente trabajo de Fouillée: *L'idée moderne du droit en Allemagne, en Angleterre, en France*, Paris, 1878. Estas comparaciones no faltan tampoco en la literatura inglesa, como lo demuestran los trabajos de Buckle, Flint, Freeman y Maine, y también en Alemania, donde los estudios toman un carácter más íntimamente psicológico, como lo

ellos se ha verificado una especie de división del trabajo, que cada vez se ha ido haciendo más específica y distinta; mas también el último, dejando á un lado el amor por la tierra patria, no puede sin injusticia olvidarse en un estudio comparado de cosas jurídicas y sociales. Haciendo abstracción de lo que los pueblos latinos é itálicos hicieron en otro período de vida social, cuyos resultados fueron luego patrimonio común de todos los pueblos civilizados, se reconoce universalmente que la Italia moderna, á pesar de las muchas estirpes que en ella se confundieron, sostuvo siempre carácter propio y un sello peculiar. Ella fué maestra en el comercio, en la cultura y en el arte durante la época de los municipios; mantuvo viva siempre, aun dividida y desmembrada, la tradición de una filosofía civil y política puramente italiana, y ha realizado recientemente una transformación civil y política que demuestra cómo aun le queda suficiente vitalidad y energía para seguir desenvolviendo las tradiciones de sus antepasados (1).

comprueban los trabajos de Lazarus, Steinthal, Lotze, Schäffle, Hillebrand, de los cuales sólo me apena el no haber podido utilizarlos tan ampliamente como hubiese deseado. Frecuentemente en estas comparaciones el juicio resulta demasiado favorable para el pueblo y las naciones á que el autor pertenece, lo que demuestra que es éste un defecto en el cual es fácil caer, y yo me esforzaré, en cuanto pueda, por evitarlo en esta tentativa.

(1) Así, por ejemplo, la *idea* del *derecho* en Italia fué dejada aparte por Fouillée en su trabajo *L'idée moderne du droit*, con perjuicio del libro mismo, porque en el pensamiento jurídico italiano habría él encontrado en abundancia ideas y elementos que le hubieran servido para el fin que parece haberse propuesto de conciliar el *idealismo* y el *positivismo*. Reconocen en cambio, la parte que á Italia debe atribuirse en el desenvolvimiento de las doctrinas históricas y sociales tanto FLINT, *La philosophie de l'histoire en France*, pág. 240, donde dedica á la dirección de Italia nobles y generosas palabras, por las cuales, más que mostrarnos orgullosos, debemos estarle agradecidos y ESPINAS, el cual, en su *Introduction sur l'histoire de la sociologie en général*, que precede á su obra sobre las *Sociétés animales*, Paris, 1878, pág. 55, hace notar agudamente, cómo Vico, contraponiéndose decididamente á Descartes, trató ya en su tiempo de sustituir las concepciones abstractas y geométricas sobre las cuales tendían á fundarse las ciencias jurídicas y morales, por los *datos positivos y concretos* que la filología le procuraba, bajo cuya denominación comprendía él también la *historia*.

CAPITULO III

ESTUDIO PSICOLÓGICO SOBRE EL CARÁCTER MENTAL DE INGLATERRA Y DE ALEMANIA

§ 1.º

EL GENIO INGLÉS EN LOS ESTUDIOS JURÍDICOS Y SOCIALES

340. Algunos rasgos característicos del ingenio inglés.—341. Consi-
guiente dirección que éste ha dado á los estudios físicos, sociales
y psicológicos.—342. Su aptitud especial para el estudio del as-
pecto económico de la vida social.—343. El genio legislativo inglés
y el genio legislativo romano.—344. Dirección de los estudios mo-
rales en la Gran Bretaña.—345. Carácter especial que aquí tomaron
las cuestiones sociales propiamente dichas.—346. Doble dirección
que tomaron en Inglaterra los estudios sociales y breve resumen
del carácter mental inglés.

340. El anglo-sajón, entre los pueblos modernos, ha sido
ciertamente uno de los primeros que, á pesar de las diferencias
originarias entre las estirpes que entraron á constituirlo y de las
luchas seculares sostenidas entre las partes distintas en que se di-
vidía su territorio, bien pronto hubo de tomar un carácter y sello
original.

Por un lado se encontró apartado en una isla que le obligó á
no contar más que consigo mismo, sustrayéndose á las extrema-

das influencias de los pueblos del continente, y por otro supo hallar en el mar que lo circundaba una vía para el comercio universal. De aquí resultó que mientras, bajo un aspecto, se muestra tenaz como ninguno y celoso guardador de sus instituciones, bajo otro es, por el contrario, el pueblo más cosmopolita de la tierra. Admirador de las bellezas y de lo imponente en la Naturaleza, va buscando por todas partes las emociones que aquéllas suscitan, pero sin quitar su fija mirada de la propia isla, donde anhela volver. Dotado de espíritu emprendedor, no hay sitio en la tierra ó en el mar que no haya visitado; en todas partes, sin embargo, se presenta con carácter propio, cuenta especialmente consigo mismo, todo lo considera desde su punto de vista particular, y es de tal suerte, que aun estando en comunicación diaria con todos los pueblos, es quizá el que al fin y al cabo siente menos sus influencias (1).

Si alguien se propusiera trazar el carácter intelectual del pueblo inglés tal como se revela en sus producciones científicas intelectuales, no podría menos de reconocer que la *cualidad mental* que prepondera en el genio inglés se basa sobre todo en una gran *sagacidad y agudeza* para la *observación* de los fenómenos y de los hechos, acompañada de un *sentido práctico* admirable en la *apreciación* de éstos.

341. Precisamente porque es un *observador* agudo de los hechos y entusiasta admirador de los fenómenos naturales, ha llegado á un grado superior en el *estudio del mundo físico y natural*, el cual no puede ser ideado por la *razón abstracta*, sino que tiene que ser investigado en los *hechos*. Aparece esto suficientemente demostrado por el fenómeno de que en todas las grandes revoluciones que se han verificado en la dirección de los estudios físicos y naturales, encontramos siempre á la cabeza del movimiento el nombre grande de un inglés, bien sea el de Bacon, ó el de Newton, ó el más moderno también de Darwin.

Si el genio inglés pasa del estudio de los fenómenos naturales al de los hechos del *mundo social y humano*, la facultad que en él predomina es también siempre la *agudeza* en la *observación*.

(1) Véase FAUCHER Léon, *Études sur l'Angleterre*, París, 1845. Introducción.

Ésta se encuentra en Bacon, cuando en el *Novum organum* investiga sagazmente y analiza las varias clases de prejuicios sociales que se oponen á la segura investigación de la verdad; igualmente aparece aquélla en Tomás Hobbes, cuando escritas las causas que pudieran inducir al hombre á fundar y á desenvolver la convivencia social, pone con crudeza al desnudo el lado desconfiado y egoísta de la naturaleza humana; se presenta también en los grandes políticos é historiadores ingleses, los cuales, entre otros méritos, tienen sobre todo el de saber descubrir y poner en relieve aquellas evoluciones lentas que en la vida, en las tendencias y en las acciones de un pueblo se verifican; ésta es asimismo la nota saliente de los grandes novelistas ingleses, y la principal característica, por último, de Spencer, el cual, habiendo llegado el último después de una larga serie de pensadores, trató de condensar en sí el espíritu que los animaba, y si bien se mostró profundo sin ser abstruso, y erudito sin que la mole de su propia erudición le embarazase, aparece sobre todo observador agudo y original de los fenómenos sociales y de las causas de que éstos dependen.

Y todavía más; cuando el ingenio inglés se propone tratar *cosas metafísicas y psicológicas* se mantiene, sin embargo, consecuente consigo mismo. No se pidan al filósofo inglés ni las teorías transcendentales, ni el lenguaje metafísico y abstracto sino el examen concienzudo de los fenómenos psicológicos é intelectuales. También, al investigar los misterios de la mente y del corazón del hombre, es ante todo *observador*, rechaza las teorías *à priori*, no admite ideas innatas en la mente humana, y sí como exclusivo fundamento de la *experiencia* y los *hechos*, acepta la existencia de Dios como un postulado que no necesita demostraciones, y sin intentar una prueba que él cree no ser necesaria á la mente humana y que trasciende de la potencia intelectual de la misma. Por esto, el método de investigación que encontró condiciones más adecuadas para su desarrollo en el pueblo inglés, fué aquél que, por fundarse en la *observación*, suele llamarse *positivo*. Este método es el que entre ellos ha tenido una tradición no interrumpida desde Bacon y Hobbes á Stuart Mill y Spencer; él fué el que formó, por decirlo así, la atmósfera intelectual de Inglaterra, en la que todos sus grandes pensadores respiraron ampliamente, y lo que

dió origen á aquel sistema que, habiendo comenzado con el *sensismo* de Hobbes, se transformó luego en el *empirismo* de Locke y acaba hoy por formar cabeza del *positivismo* contemporáneo de Spencer.

De aquí el lenguaje claro, sencillo y preciso del científico inglés, como el del que expone cosas y fenómenos que él mismo ha observado; la aplicación frecuente que hace de los vocablos propios de las ciencias físicas y naturales á los mismos hechos psicológicos y morales; el número grande de hechos en que suele apoyar sus inducciones; su aptitud maravillosa para descubrir las evoluciones lentas que se verifican en el mundo de la Naturaleza y en el de la Historia, y, por fin, aquellas observaciones picantes y casi humorísticas sobre el hombre y la sociedad que con frecuencia se encuentran en los escritores ingleses.

342. Si se quiere penetrar más dentro y entrar en mayores detalles respecto á los estudios jurídicos y sociales, debe atribuirse también al temperamento propio del genio inglés la gran superioridad á que llegó en los *estudios económicos*. La vida económica de la sociedad humana, como la constitución física del Universo, no puede investigarse con el *razonamiento* y con la *especulación abstracta*, sino con los *hechos*, y, por consiguiente, no causa maravilla si del mismo modo que el sentimiento eminentemente positivo y práctico del genio inglés le llevó á dar un admirable desenvolvimiento á la vida económica é industrial, también su ojo vigilante y escrutador le ha hecho profundizar más ampliamente el aspecto económico de la vida social (1). Desde Adam

(1) Este carácter del genio inglés, entendido en sentido amplio, parece en parte contradicho por BUCKLE (*Histoire de la civilisation en Angleterre*, tomo V, cap. XX, pág. 57), el cual, siguiendo el desenvolvimiento intelectual de Escocia, intentó demostrar que toda la filosofía escocesa en general, y las dos grandes obras de Adam Smith, especialmente sobre los *sentimientos morales* y sobre la *riqueza de las naciones*, no son más que una aplicación del *método deductivo*. Lo que Buckle encuentra, que el genio inglés en sentido estricto es más inductivo y experimental que el escocés, puede fácilmente admitirse, pero que toda la filosofía escocesa en general y las obras de Smith en particular sean una exclusiva aplicación del método deductivo, es una paradoja que, hecha verosímil por un momento gracias al ingenio del autor, es desmentida, sin embargo, en absoluto por los

Smith á Cairnes, Inglaterra ha producido una serie no interrumpida de grandes economistas; estuvo á la cabeza de todas las revoluciones económicas que en Europa se fueron verificando; predominó en la diplomacia, sobre todo por los medios económicos de que podía disponer, y también hoy su mayor ambición es hacer su libra esterlina en la unidad universal monetaria (1).

343. Maestra, pues, de todos los pueblos en el desarrollo y en el estudio de la vida económica, no descuidó, sin embargo, el *aspecto jurídico* de la vida social, y fué según éste también desarrollando una *constitución política* y una *legislación privada* en la que aparece no menos saliente la huella de su carácter.

El que sólo parase su atención en las alabanzas que suelen prodigarse á la Constitución inglesa, podría creer que es una obra lógica, coherente y proporcionada en todas sus partes, como una obra maestra de la mente de un hombre de genio.

Esto sería un grandísimo error. En la Constitución inglesa falta por completo una teoría sistemática y preconcebida; fué ella fruto de la espontaneidad natural del genio de un gran pueblo; fué edificada poco á poco á medida que la ocasión y la necesidad se presentaba, y podría comparársela á aquellas viejas catedrales

hechos. En efecto, los grandes psicólogos escoceses, tales como Reid y Dugald-Stewart, no estudian ya el espíritu humano en su esencia, sino en sus manifestaciones, y tratan de recabar de éstas las leyes que gobiernan los fenómenos mentales, lo cual es un carácter del método inductivo. En cuanto á Smith, admitiendo también, con Buckle, que en la *Teoría de los sentimientos morales* haya estudiado exclusivamente la influencia de la *simpatía* en los actos del hombre, y que en *La riqueza de las naciones* se haya limitado á considerar la acción del *interés individual* en la vida social, esto no excluye, y las dos obras lo demuestran suficientemente, que él, tanto en el estudio de la vida moral, como en el de la vida económica, se ha fundado sobre todo en la *observación* y en la *experiencia*, siguiendo así el *método inductivo*, el cual sólo más tarde hubo de cambiarse en parte por obra de sus secuaces en *método deductivo*. Véase sobre este punto á LESLIE Stephen, *An attempted philosophy of history. Fortnightly Review*, Mayo 1880, pág. 692.

(1) Véase Stanley-Jevons, *La moneta e il meccanismo dello scambio*, trad. italiana Della Beffa, Milán, 1876, cap. XIX, pág. 171, y capítulo XXIII, pág. 305.

en las que el arte de todos los siglos dejó alguna muestra, y que, sin embargo, son todavía imperfectas é incompletas en algunas de sus partes. Su historia se compendia en la historia de los conflictos y de los acuerdos á que llegaron los tres grandes poderes del Estado, la Corona, la Cámara alta y la de los Comunes, los cuales antes de vivir en paz y mutuo respeto, sufrieron la lucha y el conflicto. El mismo choque y roce de las partes varias sirvió, sin embargo, para que el edificio fuese más compacto; porque en la lucha cada uno de los grandes poderes del Estado, si aprendió á conocer sus fuerzas, aprendió también á respetar las prerrogativas de los demás (1).

Algo análogo ocurrió también en la legislación privada. Cuenta en este punto con una *jurisprudencia* que fué desenvolviendo *rebus ipsis dictantibus et necessitate exigente*. Viejas costumbres que suelen hacerse remontar á los antiguos bretones y á la Germania de César y de Tácito, y que de generación en generación se han transmitido, forman el núcleo primitivo del derecho inglés (2). En él se inocularon luego costumbres é ideas traídas por los romanos, por los pictos, por los sajones, daneses y, por fin, por los normandos, y á todo esto se sobrepusieron las decisiones de las Cortes de Equidad, las cuales, cumpliendo en Inglaterra una función análoga á la del Pretor en Roma, introdujeron una jurisprudencia más amplia, cuyo espíritu se compenetró en la legislación inglesa (3). Todo esto se verificó gradualmente, sin revolución alguna propiamente dicha, y llegó á formar de este modo

(1) Véase LECKY, *Rationalism in Europe*, vol. II, cap. V, pág. 133; y á GERVINUS, *Introduzione alla Storia del sec. XIX*, trad. it. Peverelli, Turín, 1854, § 34, pág. 78. Este carácter de la constitución inglesa lo ha puesto de relieve muy bien Luis LUZZATTI, *La embriologia e la evoluzione delle costituzioni politiche* (Nuova Antologia, Febrero, 1880, vol. XIX, pág. 480), donde se hallan citadas las obras más recientes que bajo este aspecto han estudiado la Constitución inglesa.

(2) Ha sido demostrado en cuanto á las *instituciones políticas* por STUBBS, *The constitutional history of England*, Oxford, 1874, vol. I, página 33, y en cuanto al *derecho privado* por Roberto MALCOLM HERR, *The Student's Blackstone*, Londres, 1877, cap. XXXII, pág. 550.

(3) En SUMMER MAINE, *L'ancien droit*, cap. III, trad. Courcelle-Seneuil, París, 1874, pág. 43, hay una notable comparación entre el desarrollo de la *equidad* en Roma y en Inglaterra.

una legislación en la que lo anticuado se encuentra al lado de lo nuevo, y en la cual se necesita el criterio de un jurisconsulto inglés para poderse orientar.

De aquí la comparación, que ya hoy es común y corriente, entre el desarrollo del derecho inglés y el del romano. Sin embargo, si no faltan entre ambos las analogías, tampoco las diferencias.

Aparte de que el genio legislativo romano se desarrolló en la *jurisprudencia privada*, mientras que el inglés lo hizo principalmente en el *derecho político*, existe entre ambos pueblos esta gran diferencia: que así como al legislador inglés le sirve de guía solamente la *observación* y la *experiencia*, el genio romano, por el contrario, aun siguiendo él las enseñanzas de la *experiencia*, se propuso siempre un ideal que, ora fué el llamado *derecho de gentes*, ora el *derecho natural*. En el genio inglés prepondera la *potencia observadora*, mientras en el romano prevaleció más bien la *potencia comparativa*, que dió como resultado aquel admirable sentido de la *proporción* y de la *medida*, exclusivamente romano. Por lo cual en el pueblo inglés predomina la idea de lo *útil*, concepto eminentemente *experimental*, y en Roma la idea de lo *justo*, concepto esencialmente comparativo.

Por esto, pues, tanto la obra inglesa como la romana proceden con lentitud y gradualmente en su desarrollo; pero, sin embargo, la legislación romana, á diferencia de la inglesa, adquiere un carácter más armónico y proporcionado, presenta una mayor sencillez de líneas y una mayor coherencia y proporción del todo con las partes varias que entran á constituirlo, y se halla en todos los estadios de su vida compenetrada por un hábito de *idealidad* que en la legislación inglesa no existe. Los ingleses llegaron á formar una legislación esencialmente nacional y en correspondencia con su genio, mientras que los romanos formaron un *Corpus juris civilis* que todos los pueblos consideraron como una *razón escrita*, pudiendo por este motivo considerarlos como los *legisladores* del género humano.

344. Por último, si el ingenio inglés pasa de las *prescripciones jurídicas* á la *especulación moral*, también el concepto de la moralidad se presenta como una *noción experimental* á que llegó el hombre después de haber estimado todos los actos bajo el aspec-

to de la utilidad ó del daño que á él le haya podido resultar. Observador de los motivos frecuentemente egoístas de los actos humanos, el inglés mal puede creer que el hombre se determine á obrar independientemente de las consecuencias útiles y dañosas que para él puedan resultar, y por tanto llegó á una *moralidad práctica y positiva*, fundada sólo en la *utilidad* y en el *interés*, si bien procura elevarla y ennoblecerla substituyendo el *interes egoísta é individual*, por la *utilidad general y bien entendida* del género humano; por lo que la moral inglesa de Smith y de Spencer puede toda ella compendiarse en el triunfo progresivo del *altruismo* sobre el *egoísmo* (1).

345. Un edificio social como el inglés, en el cual había tomado excesivo predominio el desarrollo económico é industrial, mal podía desenvolverse sin encontrar los conflictos que en la época moderna suelen indicarse con el nombre de *cuestiones sociales*.

Tales cuestiones asumieron á veces en Inglaterra un carácter religioso y político, pero con mayor frecuencia tuvieron carácter económico. El sistema colonial, la navegación, la libertad de los cambios, el comercio de granos, la posesión de un puerto, de un paso que asegure una salida á los productos ingleses, fueron las cuestiones sobre que probaron sus armas los más grandes oradores del Parlamento inglés, y aun hoy mismo la atención de todos los órdenes y clases de gentes parece concentrarse en el conflicto entre los dos grandes factores de la producción, que son el *capital* y el *trabajo*.

Es fácil de ver, sin embargo, que este nuevo conflicto tomó un carácter francamente inglés. El *trabajo* y el *capital* no se combaten en *teoría*, sino en los *hechos*, y son como dos potencias que

(1) Este vocablo *altruismo*, contrapuesto evidentemente al *egoísmo*, que pudiera á primera vista parecer extraño, encierra en sí mismo toda la historia del proceso mental inglés para llegar á tal concepto. Eso significa, en efecto, que, para el inglés, fué el *egoísmo* bien entendido el que logró predicar el *altruismo*; el *amor de sí mismo* el que acabó por despertar el *afecto por el prójimo*; el *sentimiento* de la *propia dignidad individual* la que le enseñó á respetar también la *dignidad de otro*: conceptos todos que el ingenio inglés fué desenvolviendo así en el orden de los *hechos* como en el de las *ideas*

empeñan entre sí una lucha que toma un color casi político y constitucional. Por una parte la *clase trabajadora*, bajo el impulso del interés común, se une en las *Ligas de los oficios* (*Trades'unions*), y con la fuerza de la unión pone al capital las condiciones en que otorga el *trabajo* de sus propios brazos, y si éstas no son aceptadas, se acoge á las huelgas; por otra, el *capital* se recoge también dentro de sí, hace sus cálculos, y si no cree poder llegar á hacer concesiones y proponer acuerdos, cierra sus fábricas.

No han faltado, en verdad, ni faltan todavía abusos, porque en todas las luchas y guerras fué siempre difícil contener á los contendientes dentro de los límites de la moderación; pero entre tanto, el conflicto sirve para hacer conocer la fuerza respectiva, y que tanto el *trabajo* como el *capital* sean prudentes en sus respectivas pretensiones, y para demostrar la mutua dependencia en que se hallan estos dos factores de la producción. Podemos estar seguros de que cuando la experiencia haya demostrado que el *antagonismo* y la *lucha* perjudican á ambos contendientes, el interés común y el incontrastable patriotismo de los ingleses acabarán por preparar las bases de un acuerdo, cuyos primeros indicios ya se entreven (1).

En cuanto á las *teorías sociales* propiamente dichas, parecen chocar contra el carácter práctico y poco fácil para los entusiasmos teóricos de los ingleses, y resulta completamente inocente para el país la hospitalidad concedida á aquellos reformadores y agitadores sociales, cuya sola presencia en otras partes podría ser causa de inextinguible fermento.

346. Esta nueva lucha, sin embargo, que en el seno de la sociedad se entabla, hace más llena de pensamientos la doctrina y la ciencia, y actualmente cuenta Inglaterra con dos series de pensadores que estudian este estado anormal de cosas.

(1) Este peculiar carácter de la lucha entre el *capital* y el *trabajo* en Inglaterra aparece con evidencia en THORNTON, *Del lavoro*, y en CAIRNES, *Alcuni principii fondamentali di economia politica*, parte II; estos dos trabajos, perfectamente traducidos al italiano por Sidney Sonnino y por Fontanelli (Florenca, 1876 y 1877), demuestran también el punto de vista especial de los economistas ingleses en el examen de esta cuestión gravísima.

Están, por una parte, los economistas propiamente dichos, como Thornton y Cairnes, que observan y analizan con la agudeza propia del genio inglés la lucha entablada entre el *capital* y el *trabajo*; que calculan y pesan el daño que puede acarrear una huelga, tanto á los operarios como á los capitalistas; que discuten á modo de juristas hasta dónde debe llegar el derecho de los obreros para rechazar su trabajo; que hablan, por último, á uno y otro contendiente con el lenguaje del interés respectivo, preparando de este modo las bases de la conciliación y de la armonía.

Existen otros que, ampliando sus puntos de vista, no se limitan á la cuestión económica propiamente dicha, sino que aspiran á sistematizar lo que ellos llaman *ciencia social*. Tales son Bagehot, Tylor y, más que ningún otro, Spencer. Tampoco éstos se abandonan á las *teorías sociales*, sino que estudian la *sociedad* como un gran organismo que se encuentra en evolución perpetua, ponen de manifiesto las analogías que median entre el *organismo social* y el *organismo animal*, y se complacen preferentemente en descubrir los *primeros orígenes* del hombre y de la sociedad humana. Hacen éstos, por decirlo así, una *historia natural de la sociedad* y, fieles siempre al carácter propio del genio inglés, lejos de tratar de llegar á una *psicología civil*, aspiran más bien á una *fisiología del cuerpo social* (1).

El pueblo inglés, en suma, *observador* por excelencia, desenvolviendo gradual y lógicamente el *poder mental* que en él prevalece, debía ser *positivo* en la formación de la *ciencia*, *utilitario* en las *leyes*, *individualista* en la *acción*, y como tal se ha mostrado en la continuidad de su *evolución* intelectual, la cual ha procedido no menos gradualmente que su constitución política. De aquí su estudio de los *hechos*, su observancia de las *formas exteriores*, su respeto á las *tradiciones* del pasado, el elevado concepto de la propia *individualidad*, no exento de *respetuoso obsequio* hacia la *autoridad*, y, por fin, su *originalidad é independencia* en el modo de pensar, sin abandonar por esto la creencia en el Sér Supremo. Para el genio inglés, en suma, fueron los hechos

(1) En cuanto al concepto inglés de la *sociología* ó *ciencia social*, véase el capítulo de esta obra relativo á la *Escuela positiva*, parte II, nota 1.^a

los que le obligaron á respetar las *ideas*; la *utilidad* la que le llevó al concepto de lo *moral*, y el *egoísmo* el que enseñó el *altruísmo*; fué, por último, el *respeto* y el *sentimiento* orgulloso de la propia *dignidad individual* lo que le hizo respetuoso hacia las demás clases y reverente por las varias formas de la *autoridad* que él creó voluntariamente.

§ 2.º

EL GENIO GERMÁNICO EN SUS MANIFESTACIONES JURÍDICAS Y SOCIALES

347. Transformación grande que se verificó en el germano moderno.—348. Cómo el inglés y el alemán han desenvuelto los dos aspectos contrarios y opuestos del genio primitivo del carácter germano.—349. Especial aptitud del ingenio germánico para los estudios metafísicos é ideales, y comparación entre el genio germánico y el griego.—350. Correlación entre el carácter psicológico del pueblo alemán y el desenvolvimiento que dió á los estudios sociales, esto es, á la moral, al derecho público y privado, y á la economía política.—351. Aspecto particular que tomaron en Alemania las cuestiones y los estudios sociales propiamente dichos.

347. Entre los grandes pueblos modernos, el que hubo de recorrer en el actual período un camino más largo y sufrir una transformación más rápida, es ciertamente el pueblo germánico.

Al aparecer en la historia, más que como una nación, se presenta como un agregado de gentes y de tribus, las cuales tienen, sin embargo, ciertos rasgos y caracteres comunes. Todas son tan celosas de la propia independencia que desdeñan los vínculos de la vida social, y muestran un ardor belicoso é inquieto que les lanza á invadir y conquistar las diversas provincias del Imperio romano. No existe casi territorio en Europa, como no hay pueblo que no haya mezclado y rejuvenecido en parte con ellas, su propia sangre.

Más tarde, cansadas también ellas de sus interminables correrías, las tribus germánicas asentaron sus reales en un territorio,

donde el elemento germánico, aun cuando mezclado con otras etíopes, tiene, sin embargo, una decisiva preponderancia, y encerradas en los muros de aquellas ciudades que en un tiempo consideraban como prisiones, ponían mano por una parte en estudiar las reliquias de las civilizaciones anteriores, y por otra en desenvolver sus instituciones.

Entonces fué cuando la *nacionalidad alemana*, aunque dividida en muchos Estados de diferentes dimensiones, comenzó á aparecer como animada por un *espíritu común* y á desplegar en todos los ramos del saber aquella *incansable laboriosidad* que Leibnitz afirmaba que había sido siempre una de las dotes del carácter germánico; *cui nationi inter alias animi dotes laboriositas concessa est.*

La nación germánica puede, en cierto aspecto, compararse á un hombre vigoroso de mente y de cuerpo que, después de haber templado su complexión en la vida libre de los bosques y de los campos, se pone á desplegar bajo forma de actividad intelectual y de laboriosidad científica la robustez y el vigor de su propio temperamento.

Sus manifestaciones intelectuales prorrumpen ricas y copiosas en cualquier asunto, y parece que á primera vista se resienten á toda norma y regla; pero para quien atentamente lo considere, aparecen también como el desenvolvimiento progresivo de ciertas *potencias mentales*, preponderantes en el ingenio germánico, las cuales podrán comprenderse y abrazarse más fácilmente cuando se pongan frente á frente de las del pueblo inglés.

348. Uno de los gravísimos problemas que presenta la psicología de los pueblos modernos, está en explicar el proceso mediante el cual de un mismo tronco, cual es el del antiguo germano, se han desprendido dos caracteres mentales tan diversos como el inglés y el alemán. Mientras se consideran las obras de imaginación de ambos pueblos, muéstrase una cierta analogía entre Milton y Shakespeare por un lado y Klopstock y Goethe por otro; mas cuando se desciende á los demás aspectos de la vida social é intelectual, los dos pueblos parece que siguen caminos completamente diversos. Mientras el inglés, desde los comienzos de su vida intelectual, se muestra apto sobre todo para la *observación de los hechos*, el alemán, por el contrario, apenas logra desenvolver la

franca originalidad de su genio, revela una singular aptitud para *concentrarse en sí mismo* y hacer *abstracción del mundo exterior*, y, por consiguiente, así como la vida del primero es esencialmente *económica y política*, la del segundo, por el contrario, asume con preferencia un *carácter especulativo* y se desenvuelve sobre todo en el aspecto *religioso y moral*. La vida filosófica de los primeros comienza con el *experimental* Bacón, y la de los segundos con el *místico* Böhm (1).

Quien atentamente lo considere podrá fácilmente reconocer, sin embargo, que los dos pueblos, aun cuando se encuentren á grandísima distancia uno de otro, desarrollaron los dos aspectos diferentes del carácter primitivo del antiguo germano. La nota característica de éste consistía en un *sentido enérgico de la personalidad individual*, y de este concepto partieron tanto el inglés como el alemán, con la diferencia de que lo desarrollaron en un campo completamente diverso. El inglés desplegó el concepto de la *individualidad* en el campo de la acción, y el alemán por el contrario, en el del pensamiento; aquél nos muestra la *individualidad* luchando por la propia existencia, y dando así origen gradualmente á la organización económica y política de la sociedad inglesa; éste nos ofrece la *individualidad* concentrada y cerrada en sí misma, que trata de recabar del *Yo*, de la conciencia íntima, del hombre interior, en suma, la imagen del mundo externo. Parece que los progenitores del inglés son aquellos germanos que sólo reconocían las leyes en que expresamente habían consentido; mientras que los progenitores del alemán parecen encontrarse más bien en los cantores del *Edda* y de los *Nibelungos*. Mientras los ingleses buscan en la antigua Germania el origen de sus instituciones políticas, los alemanes buscan en ella aquellas primeras leyendas mitológicas y religiosas en que se inspiraron sus grandes poetas (2). Ambos, por consiguiente, desenvuelven la *gran indi-*

(1) SCHWEGLER, *Historia general de la Filosofía*.—Madrid. Jorro.

(2) Esto aparece suficientemente probado por la actual tendencia de la literatura inglesa á buscar en la *Germania de Tácito* los orígenes de su propia constitución política (Véase LUZZATI, *L'evoluzione delle costituzioni politiche, Nuova Antologia*, vol. XIX, pág. 480), y por la de algunos autores alemanes de transformar casi en un idilio la vida de los primitivos germanos.

vidualidad del antiguo germano en sus dos aspectos esenciales y extremos, por lo cual su proceso mental viene á ser como contrario y opuesto. El inglés comienza por los *hechos* para ascender á la *idea*, por la *acción* para llegar al *pensamiento*, el alemán, al contrario, comienza por la *idea* para descender á los *hechos* y por el *pensamiento* para encaminarse á la *acción*; aquél parte de la *materia* para llegar al *espíritu*, y éste del *espíritu* para venir á la *materia*; aquél de lo *útil* para elevarse á lo *moral*, y éste, de lo *moral* para llegar más tarde á lo *útil*; el uno investiga con preferencia el *hombre físico* en la variedad de sus razas y especies, el otro investiga sobre todo al *hombre* como sér *ideal* y *moral* en su vida interior; el uno es el *fisiólogo* sobre todo de la especie humana, el otro es más bien el *psicólogo*.

349. Gracias á esta nota particular de su carácter, que le hace singularmente apto para la *abstracción* del mundo exterior y profundizar en sus especulaciones, el genio germánico, grande en todos los órdenes de la ciencia, llegó á inusitada altura en *teología* y en *metafísica*; los cuales por su propia naturaleza requieren un mayor poder de *abstracción*. Como teólogo, el germano moderno abstrae del elemento exterior hasta el punto de reconocer, con Lutero, que en religión la fe interior lo es todo, y no tienen por el contrario, ningún peso los actos exteriores (1). Su genio filosófico parece hallarse personificado en Manuel Kant, el cual, en una época preñada de complicaciones como fué la que preparó la Revolución francesa, supo hacer abstracción de todas las cuestiones que agitaban su tiempo, y dedicarse todo entero al examen crítico de la *razón especulativa y práctica*, y lograr con sus profundas especulaciones despertar en su propio país un interés y un entusiasmo que no puede explicarse sino teniendo en cuenta el temperamento intelectual de la nación germánica.

Cuando el ingenio alemán entró en este camino, sintiéndose á sus anchas, se esparció en un dominio enteramente suyo, y desde Kant á Hegel, de Hegel á Hartmann, como también de Herbart á

(1) Véase á WEBER, *Histoire moderne*, trad. Guillaume, París, 1875. Tomo I: *La renaissance et la réforme*, § 52, pág. 96.

Lotze, nos encontramos con una serie no interrumpida de sistemas enlazados entre sí por un hilo invisible, que se proponen desenrañar de la *conciencia íntima* del hombre, no sólo la *lógica* y la *metafísica*, sino también las leyes que gobiernan el *mundo histórico* y el *Universo físico*. Cuando luego la especulación metafísica alemana llegó á los confines extremos y pareció detenerse como atónita y estupefacta frente á la idea grande de lo *absoluto*, de lo *infinito*, de lo *inconsciente*, la actividad incansable del ingenio germánico, templada ya por sus largas meditaciones, se dió á recorrer con ansiedad tan febril el dominio positivo de las *ciencias naturales, históricas y arqueológicas* (1), que podía decirse de él que partió del *idealismo* para llegar al *positivismo*, de *Dios* para llegar al *hombre* y á la *Naturaleza*, de la *idea* para llegar al *hecho* (2). Y aun se podría decir, y se ha dicho en efecto, que el espíritu de la antigua Grecia habíase compenetrado en un pueblo moderno, y que las Universidades alemanas cumplían en nuestra época la función que en otros tiempos correspondió á las escuelas de la docta Atenas. Mas quizá también en este punto, á nuestro juicio, un parangón extremado entre la Germania actual y la Grecia antigua conduciría á una errónea apreciación del carácter intelectual de los dos pueblos.

Lo que era *ideal* en Grecia se hizo poco á poco *trascendental* en Alemania, y la república de los filósofos habló, no ya el len-

(1) Creo haber puesto bastante en claro el vínculo que liga á los distintos sistemas filosóficos de Alemania en el cap. V del libro II de la parte II, núm. 212.

(2) Este carácter especial del ingenio germánico fué recientemente reconocido por una autoridad que no tiene nada de sospechosa, como es la de *Lange*. «Chose remarquable, escribe, notre développement national plus régulier que celui de l'antique Hellade, partit du point de vue le plus idéal pour s'approcher progressivement de la réalité». (*Histoire du matérialisme*, tomo II, pág. 27). Lo demuestra esto con las vicisitudes de la poesía, de la filosofía, y, por último, de la misma ciencia positiva en Alemania. Para él, fué el mismo *idealismo* el que en Alemania ha preparado el terreno al desarrollo del *materialismo*, pero afirma que «Alemania no podrá enteramente abandonarse á este *materialismo*, porque en ella también los químicos y los fisiólogos, casi sin darse cuenta de ello, siguen el camino de la metafísica» (ob. cit., tomo II, pág. 106).

guaje artístico, imaginativo y á veces poético de los griegos, sino un lenguaje completamente metafísico y abstracto. Los filósofos alemanes extremaron más aún que los griegos la tendencia especulativa de su pensamiento, pero perdieron con frecuencia aquel sentido artístico y aquella conjunción armónica de la forma con el concepto, de que los griegos fueron un ejemplo inimitable, y mientras logran alcanzar fácilmente en sus obras la unificación en el dominio de la *idea*, no consiguen siempre sustraerse al *particularismo* en el campo de los *hechos*.

Como consecuencia de esto, Alemania llegó á tener una filosofía eminentemente germánica, la cual, para ponerse al alcance de los demás pueblos, necesita en cierto modo ser vulgarizada, mientras que los griegos, con la armonía de sus facultades, continúan todavía hoy siendo los *filósofos* del género humano.

350. Determinada ya la nota característica del ingenio germánico, será fácil seguir su desenvolvimiento en los estudios jurídicos y sociales.

Lo que primeramente sirvió para despertar y estimular el genio germánico no fué ya ni una *cuestión económica*, ni una *cuestión política*, y ni siquiera la aspiración á recoger en una nación única los varios Estados en que se encuentra dividida Alemania, sino el amor por la propia *libertad de pensamiento* y de *conciencia*. Casi indiferente primero por la *libertad política*, rechazó desde un principio todo límite puesto á sus propias investigaciones, y quiso que el campo de su pensamiento fuese ilimitado; por esto los germanos fueron los iniciadores de aquella reforma que comenzó por ser una revolución *religiosa y moral*, y más tarde produjo también consecuencias *políticas*. Así comenzaron ellos por reivindicar su *libertad interior* y sólo más tarde pensaron en la *libertad política y externa*; fueron solícitos primero de la *cuestión religiosa y moral*, y sólo más tarde empezaron á preocuparse también de las *cuestiones políticas y económicas*; comenzaron, con Kant, por abandonarse á una especie de *cosmopolitismo*, por contemplar, como en *idea*, una *civitas omnium maxima*, una república universal de los Estados, y por declararse, con Fichte, ciudadanos del país, cuya cultura fuese más adelantada, y sólo más tarde, en la formación de una propia *nacionalidad*, estudiaron en un principio la *economía general del Estado*, y más tarde también

únicamente, fué cuando comenzaron á ocuparse de su *economía nacional* (1).

Entre las *ciencias sociales*, aquéllas en que Alemania dejó un sello más original y profundo son, después de las *ciencias teológicas*, de las cuales no es ocasión de ocuparnos, las *ciencias morales*, como lo prueba la revolución iniciada en estas últimas por Kant, el cual es ciertamente el más grande moralista de la época moderna. La *moralidad*, tal cual la entendió el ingenio alemán, no es la *moralidad práctica y positiva* de los ingleses, sino que es una *ley categórica y absoluta* que impone al hombre el *deber* de hacer el bien, por el bien mismo, independientemente de las consecuencias útiles ó dañosas que puedan derivarse. Partiendo de este último concepto de la *moralidad* es como ellos tratan de dar un fundamento *ético* asimismo á la organización jurídica y económica (2).

Análogamente, así como en Inglaterra, tanto la *constitución política* como la legislación privada se desarrollaron en los *hechos*, independientemente de toda *teoría* preconcebida, en Alemania, al contrario, las *teorías* sobre la *constitución jurídica* del Estado y sobre el *derecho natural* fueron las que antecedieron á la formación de una *nacionalidad germánica* y de una *legislación* propiamente *nacional*. Alemania, en efecto, estuvo mucho tiempo dividida en muchos Estados, pequeños y grandes, pero sobre ellos palpité siempre la *unidad ideal* del Imperio cuyas vicisitudes concentraron siempre las miradas, aun en aquellas épocas en que el poder imperial parecía haber quedado reducido á una mera sombra.

De aquí resulta que así como la unificación de la Gran Bretaña comenzó á verificarse en el *hecho* y todavía no se ha realizado completamente en las *ideas*, especialmente por lo que se refiere á Irlanda, la unificación de Alemania, en cambio, comenzó á ma-

(1) Sobre el *cosmopolitismo* germánico, véase la parte II, número 315, y en cuanto á la *economía política*, sabido es que el concepto de una *economía nacional* es debido sobre todo á la influencia de la *escuela histórica* capitaneada por Roscher. Véase CUSUMANO, *Le scuole economiche della Germania*, Nápoles, 1875, págs. 93 y siguientes.

(2) De aquí la tendencia incontrastable en Alemania á dar un *fundamento ético al derecho natural*, y la no menos decidida á fundarse sobre todo en *consideraciones éticas y morales* para proponer reformas á la *organización económica* de la sociedad actual.

nifestarse en las *doctrinas*, en las *ideas*, en el dominio del *pensamiento* en suma, y sólo recientemente los sucesos han empujado á los distintos países de Alemania para encarnarla de *hecho*, como lo demuestra la singular circunstancia de que la unificación y la constitución germánicas, habían sido discutidas y aprobadas desde 1848 en la asamblea de Francfort, mientras que antes de 1878 era dudoso cuál de los soberanos reinantes debería tener la cualidad de Emperador de Alemania (1).

Alemania también se encontraba de *hecho* sometida á una gran variedad de leyes, como lo demuestra el dualismo entre el *derecho* exclusivamente *germánico* y el *derecho romano*, los cuales vivieron largo tiempo separados y cada cual tuvo una escuela propia y sus partidarios; mas, sin embargo, sobre ambos fué desenvolviéndose una cierta armonía en las *doctrinas* del *derecho natural*, el cual llegó al cabo á la fusión de los dos elementos, y preparó el camino á la unidad de la legislación alemana que, habiendo comenzado por el *derecho comercial*, tiende hoy á ampliarse en las otras ramas de la legislación. Aun las mismas *codificaciones* germánicas tomaron un carácter correspondiente al de la nación. Y en efecto siguen una marcha sistemática y casi científica, no temen afrontar las definiciones, aun cuando, según el dicho de los romanos, deban tenerse por peligrosas en el derecho, y se resienten en todas sus partes de los estudios del derecho natural que hubieron de prepararlas.

Finalmente, así como el ingenio inglés estudió con preferencia el *aspecto económico* de la vida social, y fué el primero en dar á la Economía política una existencia propia y distinta, poniéndola, por decirlo así, como base y fundamento de toda la *ciencia social*, en Alemania, al contrario, la *Economía política* fué primeramente considerada y enseñada como una parte de la *ciencia del Estado*. En Inglaterra se empezó por analizar el *interés individual* para llegar luego al *interés general*; en Alemania se comenzó por el *interés general* y sólo más tarde se empezó á tomar en consideración también el *interés particular*. Allí se comenzó por la *perso-*

(1) WEBER, *Storia contemporanea*, trad. Canini, Milán, 1878, párrafo 117, pág. 277 (Puede verse también traducción española por don Julián Sanz del Río).

nalidad concreta del individuo, aquí por la personalidad colectiva y abstracta del *Estado*.

351. Cuando luego, en nuestro tiempo, se presentan urgentes y amenazadoras las *cuestiones económicas y sociales*, también éstas, antes de desenvolverse en los *hechos*, se manifestaron en las *teorías*, llegándose casi de un salto á un *socialismo sistemático y científico*, cuyas numerosas sectas no se clasifican según los *intereses* que defienden, sino según las *teorías sociales* que sostienen.

Por esto en Alemania no tenemos ya, como en Inglaterra, el *trabajo* en lucha empeñada cuerpo á cuerpo contra el *capital*, sino que allí se forma sin más una *asociación de trabajadores*, la cual dirigida é inspirada por hombres de ciencia, como Carlos Marx, trata de extender por todas partes sus ramificaciones, y en vez de satisfacerse con mejorar las condiciones del *trabajo* frente al *capital*, mira á destruir y á reformar en todas sus partes la organización social (1).

Ante semejantes problemas, sin embargo, también la ciencia germánica se puso á estudiar las leyes que gobiernan la vida social; pero á su vez esta ciencia, que se encuentra en vías de formación tan sólo, y en la cual cooperaron Lotze, Steinthal y Lazarus, tomó en Alemania un carácter particular.

Así como los ingleses la llaman *sociología*, los alemanes, por el contrario, la llaman *psicología de los pueblos*; mientras aquéllos investigan sobre todo la *vida orgánica y exterior* de la sociedad humana, éstos se entregan con preferencia á desentrañar la *vida psicológica é interior*; buscan aquéllos en la sociedad la *fuerza persistente* que le hace pasar de una *evolución* á otra, y éstos por su parte investigan las huellas del *espíritu universal* de la Humanidad, que cada vez adquiere mayor conciencia de sí misma, é impulsa á la sociedad de uno en otro *progreso*.

Cada cual sigue, pues, la dirección más adecuada con su propio genio, y mientras esto impulsa al inglés á ser el *fisiólogo*, estimula, por el contrario, al alemán á ser más bien el *psicólogo* de la *sociedad humana* (2).

(1) Véase sobre esto las obras citadas anteriormente con igual motivo.

(2) En cuanto á los estudios contemporáneos sobre la *psicología de los pueblos* en Alemania, véase la parte II, número 326, nota 1.^a